

Antonio de Ciudad Real

“De cómo fue electo el padre fray Alonso Ponce en comisario general de Nueva España, y en cumplimiento de esta comisión fue a Sevilla y de allí a San Lúcar, donde se embarcó para la Nueva España, y de cómo desde San Juan de Ulúa, donde desembarcó, fue a la ciudad de México”

p. 3-54

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

**TRATADO CURIOSO Y DOCTO DE LAS GRANDEZAS
DE LA NUEVA ESPAÑA**



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



CAPÍTULO PRIMERO

De cómo fue electo el padre fray Alonso Ponce en comisario general de Nueva España, y en cumplimiento de esta comisión fue a Sevilla y de allí a San Lúcar, donde se embarcó para la Nueva España, y de cómo desde San Juan de Ulúa, donde desembarcó, fue a la ciudad de México.

En el año de nuestra redención de mil y quinientos y ochenta y cuatro años, siendo el padre fray Alonso Ponce, confesor y predicador de la provincia de Castilla, guardián del convento de Nuestra Señora del Castañar, casa recoleta de aquella provincia, fue llamado a Madrid por nuestro padre fray Francisco Gonzaga, ministro general de nuestra orden, que estaba de partida para Italia, y llegado a su presencia le mandó venir por comisario general de la Nueva España, dándole para ello patente muy cumplida, honrosa y muy favorable, cual su persona, letras y valor lo merecían, porque había sido definidor de aquella provincia y guardián en otros muchos conventos, y cual el mismo oficio la pedía. Despachóse esta patente a primero de mayo de aquel año con otra al mismo tono del padre fray Gerónimo de Guzmán, que a la sazón era comisario general de todas las Indias y residía en aquella corte, y a los cuatro del mismo mes fueron coladas y pasadas la una y la otra por el real Consejo de las Indias, y en conformidad de ellas dio el rey nuestro señor sus reales cédulas para que todas las justicias de la Nueva España le diesen favor y ayuda para hacer su oficio. Recebidos estos despachos y la bendición de sus prelados, salió de aquella villa, y habiendo ido a Cifuentes, Guadalajara, Toledo y otros pueblos a encomendar su viaje en las oraciones de los religiosos y religiosas que en ellos moraban, dio vuelta al Castañar, y dada cuenta de su casa y convento, partió de él para Talavera de la Reina; de allí pasó a Oropesa, donde hizo lo mismo que en los otros lugares. De Oropesa sacó un corista, con el cual, finalmente, llegó a Sevilla a primero de junio.

JUNIO Cobrada allí de la Contratación la limosna que el rey mandaba dar para su viaje, y de los frailes y mozos que había de traer consigo, y dejando el cargo de comprar el mata-

1584



lotaje y ropa a un fraile de la provincia del Santo Evangelio llamado fray Alonso de San Juan, que a la sazón estaba en Sevilla y vino en su compañía en aquella flota, partió de aquella ciudad a los cuatro de junio para San Lúcar de Barrameda, donde llegó a los seis, y concertó la cámara de popa de un buen navío llamado Santa Catalina, en que él y sus compañeros pasasen a estas partes.

A los doce de junio de ochenta y cuatro, comenzó la flota a salir del puerto de San Lúcar, y por haberse hecho a la vela y salido fuera de la barra el dicho día la sobredicha nao Santa Catalina, fue forzoso al padre comisario y a sus compañeros, que eran cuatro, y dos mozos para el servicio de todos, salir en un pequeño barco una legua fuera de la barra, donde la nao estaba surta; en el cual, después de haber padecido mucha tormenta de la mar y del viento, llegaron a la nao con tanto ímpetu y furia de las olas, que los mandadores y el piloto tuvieron por muy peligrosa la llegada, porque de los golpes que daba el barco en la nao recibía mucho daño, y de las munchas y grandes olas le entraba tanta agua que parecía milagro no hundirse allí a pique de la misma nao. Duró esto hasta que dentro de la nao dieron voces a los barqueros que se pasasen a la popa de la nao, porque allí estaba el batel, al cual podrían amarrarse y pasar poco a poco la gente que en el barco traían con la ropa, porque en él se iban todos a fondo, porque con esta diligencia con más seguridad y facilidad pudiesen pasar desde el batel a la nao por la parte que estaba abrigada del viento; lo cual se hizo ayudándolos Dios y los hombres más diestros de la nao, los cuales unos entraron dentro del barco y otros se colgaron de sogas del navío, para poder subirlos a él como lo hicieron.

Entrando pues dentro el padre comisario con sus compañeros fueron muy bien recibidos de los señores de la nao, los cuales decían que según los habían visto no pensaron que escapan con las vidas, sino que allí perecieran sin poder ser socorridos. Aquel día, cuando anoheció, abonanzó el tiempo y duró esta bonanza hasta el jueves siguiente catorce del dicho, que estando surtos en el propio lugar, a las tres de la tarde se desamarró la nao con la fuerza del viento de la mar y estuvo en términos de perderse con toda la gente y hacienda que llevaban, porque si no se acudiera con mucha diligencia al socorro, alargando más el cable o maroma con que estaba amarrada, en breve tiempo diera a la costa donde con la mucha mar y olas que había se perdiera. No duró mucho este reparo, porque como el viento y con él las olas de la mar se iban embraveciendo y su fuerza era tanta, fácilmente hizo pedazos la amarra en que se sustentaba la nao, no obstante que era nueva y tan gruesa como la pierna de un hombre. Perdida esta amarra y ánora dieron fondo a otra mejor, viendo que la necesidad iba aumentándose y la tormenta creciendo, y desde esta



hora hasta las ocho de la noche se rompió aquella segunda y se perdió, y otras dos que fueron echando sucesivamente, una tras otra. Perdido pues este reparo concibió el señor de la nao un temor cierto de que se había de perder, no obstante que era animoso y criado en semejantes peligros, porque él vio tan cruel y bravo el viento que echaba su nao a la costa, y las olas de la mar tan levantadas y la noche cerrarse tanto con oscuridad, que por entonces se contentara con que él y los de dentro de su nao escaparan con las vidas, aunque todo lo demás se perdiera. Los religiosos y pasajeros se ocupaban en prepararse para dar a Dios cuenta de las suyas (teniendo por cierto, viendo lo que pasaba, ser imposible amanecer vivos) y en hacer oraciones y derramar lágrimas a Dios pidiéndole misericordia de sus culpas. Era gran lástima y dolor ver tantas mujeres y niños pequeñitos estar esperando que se los tragase la mar en medio de las tinieblas de la noche, la cual se gastó y pasó en esta forma.

El señor de la nao no teniéndose por seguro si diese fondo, atrevióse a la buena ventura y mandó echar las velas para andarse barloventeando como lo hizo hasta que se puso la luna, dando vueltas entre la punta de Salmedina y las Arenas Gordas, que es espacio de una legua poco más. La luna se puso en punto de media noche, y como por su ausencia comenzase a hacer guerra la oscuridad, con la cual se pudiera la nao perder muy fácilmente, el piloto, temiendo dar en un bajo o peñasco donde se perdiera y todos se ahogaran, hizo dar fondo con un anclote que le quedaba y esperar allí la misericordia de Dios; la cual se descubrió en este paso muy clara y manifiesta por los méritos de la Virgen santísima, su madre, y de las gloriosas vírgenes y mártires Santa Catalina y Santa Inés, a las cuales, por ser abogadas del padre comisario comenzaron él y sus frailes a invocar desde el principio de aquel trabajo, prometiendo de celebrarlas una solemne fiesta a cada una, como en efecto se hizo después que llegaron a Nueva España. Demás desto se hicieron otros votos y promesas secretas por los mismos religiosos, y confiando todos en los merecimientos de tan soberana señora como es la Virgen madre de nuestro Salvador, y de estas dos gloriosas santas, y en las oraciones de muchos siervos y siervas de Dios, cuyo favor y ayuda se tuvo por cierto que no les faltó en aquella hora, nunca el padre comisario perdió el ánimo ni del todo creyó que habían de perecer, y así lo prometió a todos los de la nao de parte de Dios, si se doliesen de veras de sus pecados con propósito de los confesar y satisfacer por ellos, y de no volver a ellos ni a otros. Aunque les quitaba toda esperanza humana ver que la nao capitana, que andaba por el mismo camino, había dado en un bajo y se había perdido, y demás desto a los mismos señores y mandadores de la nao vio a esta hora muy desconfiados de poder escapar de aquel peligro, aunque no por eso dejaban de hacer sus diligencias como

buenos marineros y gente diestra. Verdad es que si el Señor miraculosamente no los favoreciera, desde esta hora que se dio fondo, fuera imposible poder escapar, pues desta manera esperaron la luz del día para que ayudados de ella entrasen en el puerto y barra de San Lúcar de Barrameda, de donde habían salido; y para esto, de aquella nao y de las demás que andaban como ella, se tiraron muchos tiros de artillería pidiendo socorro a la tierra, para que los pilotos de la barra los viniesen a meter dentro luego en amaneciendo; y así fue que en comenzando a esclarecer vino de tierra un barco con gente para socorro de las naos, y llegándose a la nao Santa Catalina preguntó un buen piloto de barra que cuántos codos de agua pedía y respondió que once y medio, replicó que no podía entrar hasta la tarde porque ya no había tanta agua sobre los bancos de la barra, y que si luego por la mañana porfiases a quererla meter no entraría, sino que se quedaría allí perdida. A lo cual dijo el señor de la nao que en todo caso había de entrar luego aunque se quedase en la misma barra, porque más quería perderse allí, donde la gente se salvase, que fuera de la barra (donde estaba) donde se ahogase toda y pereciese, afirmando que si luego no entraban dentro de la barra se habían de perder; y fuera así porque otra nao de aquel tamaño que no pudo entrar por entonces, cuando llegaron las diez del día quince del dicho mes se había ya perdido. Pues con esta determinación entró en la nao el piloto de la barra y mandando levantar el ancla sobre que había estado la nao amarrada desde media noche, hallaron que por milagro había estado todo aquel tiempo, porque el ancla no había asido en la tierra sino quedándose en vago, y así cuando subida arriba vio esto el señor de la nao, dio gracias a Dios, y conoció, y lo dijo a todos, que milagrosamente habían estado en aquel puesto, y cuando fuera lo que él y todos tenían entendido, que estaban amarrados a la tierra, no era menor el milagro, pues en cuatro horas de la tarde, con menos tormenta que la que tuvieron en estas seis después de media noche, les rompió la tormenta cuatro amarras nuevas y gruesas, y agora estuvieron más tiempo y con mayor tormenta sobre una harto pequeña. No menor fue otro que luego sucedió y fue que en levantándose de aquel lugar dieron las velas y caminaron derechos al puerto en el cual entraron sin lesión ni daño ninguno, aunque la nao tocó tres veces en el bajo de la barra, pasando raspando por las peñas; lo cual se atribuyó a merced soberana que Dios les hizo para darnos a entender que la diligencia humana no es bastante cuando su ayuda nos falta, y que cuando su majestad quiere, la mar, y vientos y tormenta no bastan a vencernos aunque nos hagan guerra. Pues desta manera entró la nao en el puerto y la dieron fondo, donde quedó con toda seguridad. El padre comisario saltó en tierra con sus compañeros y dieron gracias a Dios por



las misericordias que les había hecho. De las otras naos de la flota, las que pudieron se fueron a Cádiz, otras que eran pequeñas y demandaban poca agua, se habían entrado en el puerto de San Lúcar la tarde antes cuando comenzó la tormenta, y otras entraron con la nao Santa Catalina; solas dos, que por ser grandes no pudieron entrar con ellas ni ir a Cádiz, se perdieron allí junto a tierra, aunque se salvó la gente y parte de la mercadería; donde se puede colegir haber sido particular merced de nuestro Señor haber escapado la nao en que iba el padre comisario, libre y sin perderse.

Desde este día, que fueron quince de junio, hasta los veinte y tres que volvieron las naos a salir fuera de la barra, se ocuparon los señores de la Contratación en aviar de nuevo otra capitana con toda la brevedad posible, porque estaban ciertos, por la larga experiencia, que mientras más tarde saliese la flota de España, más cierto tendría el peligro en la costa de las Indias, y para que con toda brevedad se hiciese a la vela arbolaron la bandera de la capitana en la nao que iba por el almiranta, y la bandera de la almiranta arboláronla en un galeón del marqués de Santa Cruz que venía de merchantería. Con este acuerdo y orden se mandó pregonar a los veintidós del dicho, que toda la gente se embarcase porque otro día había de salir la flota fuera de la barra. El padre comisario no se embarcó aquel día sino el siguiente, porque no se halló barco en qué ir a la nao, y el hallar la chalupa de ella a este tiempo fue misericordia de Dios; en ésta se metió con sus compañeros y mozos y el piloto de la misma nao a las dos de la tarde, víspera de San Juan, y fue en seguimiento de la nao que iba ya a la vela. No la pudieron alcanzar hasta que más de dos leguas de la barra tomó las velas y dio fondo; allí la alcanzaron, no con poco trabajo ni pequeño peligro, porque con el mucho viento y olas grandes que había, y por ir metida debajo del agua cuasi toda la chalupilla, que era pequeña, estuvieron a pique de perderse, pero el Señor los libró y ellos se metieron dentro de la nao.

A veintitrés de junio volvieron a salir del puerto de San Lúcar las naos de la flota y con viento brisa llegaron a ponerse en fondo de treinta brazas, para esperar en aquel puesto a la capitana y almiranta y las demás que estaban en Cádiz, pero venida la noche, fue tanta la fuerza del viento de la mar, que fue forzoso levarse de aquel lugar y andarse barloventeando y dando vueltas por toda aquella noche. El día siguiente, que fue día de San Juan, estuvo la flota, que había salido de San Lúcar, de mar en través sobre Cádiz hasta el día siguiente veinticinco del mismo, que entonces saliendo de la bahía de Cádiz las naos que dentro estaban y juntándose con las otras de San Lúcar, se hicieron todas a la vela con buen tiempo; pero no durando éste más de un día, quedaron en calma, la cual

duró hasta el día de San Pedro y San Pablo, veintinueve del dicho, que ese día vino viento brisa con tanta fuerza y tan buenas señales, que toda la flota alegró. Antes de salir de los cabos se descubrieron navíos que de lejos parecían de moros, los cuales pusieron la flota en cuidado y hicieron que se parase. La nao en que iba el padre comisario se puso a punto de guerra, que fue placer verlo, pero conocido después no ser naos de enemigos, se quietó todo. También atemorizó mucho a los de la nao Santa Catalina una landre que pareció tener un marinero, el cual, con frenesí, después de ser sacado de la nao y puesto en la chalupa con hombres que de él curasen, se echó una noche en la mar y se ahogó sin poderlo remediar. El día siguiente, último de junio a las tres de la tarde, se volvió el viento brisa en un vendaval o viento de la mar que a toda la flota puso en gran tribulación; amainó la capitana todas las velas y dejóse estar de mar en través, a la cual siguieron todas las demás naos, y de esta suerte

estuvieron hasta otro día primero de julio que calmó aquel viento y volvió brisa, la cual no faltó hasta llegar a la Gran Canaria, que fue a los siete del mismo mes de julio, en que tomó el puerto la flota a las doce del mediodía; fuele muy bien al padre comisario general en aquella ciudad, porque el guardián y religiosos de nuestro convento de San Francisco le hicieron mucho regalo y caridad.

Lunes siguiente, nueve de julio, se hizo toda la flota a la vela con tanto viento que, aunque era favorable, se tuvo por no pequeña tormenta por ser recia su furia; perdiéronse con este viento cuatro bateles de la flota y en uno de ellos cuatro hombres. Pero mientras más iban las naos alejando del puerto, más iba abonanzando la mar y sosegándose las olas y asegurándose el buen viento que habían sacado, con el cual navegó la flota

desde el dicho día nueve de julio hasta los cuatro de agosto que descubrió la Deseada, que es la primera de las islas de las Indias, y llámase así por ser tan deseada de los que vienen en demanda de ella. Fue tan buena esta navegación que hasta allí trujo la flota, que los antiguos y cursados en aquella carrera decían no haber visto tan buen viaje después que andaban en la mar. Siguiendo la flota su derrota cuasi cada día a vista de tierra, fue en demanda del puerto de Ocoa, que es en la isla Española o de Santo Domingo, en el cual es costumbre y aun hay cuasi siempre necesidad de parar a tomar refresco y aparejar las naos. Entró la flota en aquel puerto a los catorce días del dicho mes y detúvose en él hasta los diez y ocho; en este tiempo se aprestó y tomó refresco de agua, carnes, fruta y conservas, que de todo esto abunda mucho aquella tierra.

A los diez y ocho de agosto salió la flota del puerto de Ocoa con muy



buen viento, aunque tan recio que puso algún temor de tormenta a los pilotos, pero nuestro Señor los aseguró del peligro que se temía, abonanzando la mar y el viento y dejando sólo lo que era menester para que fuese próspera la navegación, siendo más ordinario desde allí hasta la Nueva España haber ruines vientos y huracanes que viento próspero y favorable; pero Dios que no está obligado a los vientos ni a los tiempos hizo a aquella flota tan señalada merced, que pasó por todo sin peligro ninguno hasta ver la tierra de la Nueva España, la cual se descubrió a
SEPTIEMBRE nueve de septiembre, domingo al amanecer. Toda la flota
1584 se alegró y regocijó con su vista, pero por ser y estar esta tierra que se descubrió, que se llama las Sierras de San Martín, treinta leguas del puerto de San Juan de Ulúa, donde habían de surgir y desembarcar, no le pudieron tomar aquel día, y así gastaron lo restante dél hasta la noche en irse acercando al puerto. Cuando anocheció se halló la flota sobre el río de Alvarado, catorce leguas antes de dicho puerto, y prosiguió su viaje caminando con poca vela, para que cuando amaneciese estuviese sobre el puerto y entrase luego a dar fondo; pero no quiso nuestro Señor que fuese así, porque para este lugar estaba guardado un tan gran peligro que munchas naos estuvieron a punto de perderse, como se perdió una muy buena, y fuera de ésta la que más a peligro estuvo fue la nao en que iba el padre comisario, lo cual pasó desta manera.

Yendo como dicho es toda la flota navegando acercándose al puerto, aquella noche en la nao Santa Catalina hubo y había todo cuidado y diligencia posible, mirando si parecía algún bajo o arrecife de los muchos que hay en aquella costa donde se pudiese perder; y no sólo esto, pero el maestre y piloto nunca dejaban las sondas de las manos, mirando si hallaban fondo que los pudiese dañar; y no sólo ellos pero todos los frailes fueron velando aquella noche con el padre comisario, el cual les dijo que el corazón le daba y decía lo que había de suceder, y no sosegando en la cámara de popa, que era su aposento, se levantó y fue a hacer compañía al piloto y maestre que velaban. Cuando fueron las once de la noche hallaron fondo de sesenta brazas, y a poco tiempo que volvieron a echar el plomo de la sonda en el agua no hallaron más que treinta y siete, cosa que puso en grande admiración y espanto a todos, ver que en un punto hubiesen disminuido tantas brazas, y con este sobresalto mandaron largar las velas de gavia para volverse a la mar; y a este punto uno de los que habían ido a largarlas comenzó a decir a voces que había bajos por la proa, que era hacia donde iba la nao, lo cual puso en tanta turbación a todos que cuasi nadie sabía qué se hacer, teniendo por cierta su total perdición. Sólo hubo lugar de cortar con hachas las sogas con que esta-

ban amarradas las áncoras, que iban aprestadas para surgir en el puerto, y dando fondo a la una de ellas se tomaron las velas con que iba navegando la nao, y con esto paró de andar tan cerca del bajo y arrecife donde iba a dar, llamado las Cabezas, que con un cuerpo de nao que anduviera más, se quedara allí perdida, como se quedó otra que venía allí cuasi junto con ella, la cual no haciendo las diligencias necesarias y caminando más que convenía y con más descuido del que en tal sazón era menester, se perdió sin poder ser remediada. Los de la nao en que iba el padre comisario sacaron en la chalupa otra amarra y otra ancla, con lo que la amarraron y fortificaron de nuevo, y aforrando por de dentro los cables por que no se les cortasen se aseguraron algún tanto. A este tiempo venían sin saber el peligro algunas naos de la flota a perderse, particularmente un galeón del marqués de Santa Cruz, en que iban los padres de la Compañía y su provincial. Este galeón se llegó tan cerca del navío Santa Catalina, que con un tiro de ballesta se alcanzara de uno a otro; diósele aviso a él y a toda la flota con una pieza de bronce que de Santa Catalina se tiró, avisándoles con esto el peligro en que estaban; toda la flota con este aviso pudo hacerse afuera y volverse a la mar, por cogerla de la banda de fuera del bajo, pero el galeón no pudo hacer esto sino sólo dar fondo y estarse quedo; y no fue poco, porque con hacerlo tan a tiempo, tocó cinco veces con lo bajo del timón en lo fondo de la mar, que fue maravilla no abrirse. El padre comisario con sus frailes gastó lo que quedaba de la noche (que les parecía mil años) en oraciones y nuevas promesas, pidiendo a nuestro Señor los librase de aquel peligro, del cual nunca tuvieron tanto espanto como cuando fue de día, que vieron el peligro grande en que habían estado toda la noche, porque los peñascos del fondo eran tan grandes y se vían tan claros que causaban horror. Allí esperó su nao con algún consuelo, hasta que a las dos de la tarde del mismo día, que fueron diez de septiembre, vino la brisa, viento favorable, con que se fue llegando al puerto, en el cual no pudo entrar aquel día porque desde el arrecife de las Cabezas hasta llegar a él hay cinco leguas, y éstas no se pudieron andar a tiempo que pudiese entrar a surgir de día; lo cual es esencialmente necesario, por ser la entrada peligrosísima y tal que aun entrando de día suelen peligrar muchas naos y perderse en ella; y a esta causa, casi en su paraje, un poco fuera a la mar, dieron fondo con una buena amarra que el maestro sacó de la nao que la noche antes se había perdido, para que les amaneciese frontero del puerto y entrasen luego en él; mas no les sucedió conforme a su pensamiento, porque la corriente de el agua era tanta, y una turbonada de viento y aguacero que vino tan grande, que se llevó la nao garrando y arrastrando más de ocho leguas abajo del puerto, a donde se hallaron cuando amaneció. Donde fue nuestro Señor servido



de proveerles, después de mediodía, de un viento favorable con que en cuatro o cinco horas entró la nao en salvamento a dar fondo en el puerto de San Juan de Ulúa, martes infraoctava de la natividad de nuestra Señora, once de septiembre de ochenta y cuatro y no sin peligro porque tres veces tocó el timón en las peñas de la canal del puerto; pero fue Dios servido que no recibiese daño la nao.

[Del camino de Veracruz a México]

Cuando llegó al puerto la flota, que fue un día antes, llegó también allí el guardián de la Veracruz y otro fraile honrado con él, enviados por parte de la provincia del Santo Evangelio, que comúnmente se dice de México, a recibir al padre comisario, y sabiendo que la nao en que venía se quedaba atrás por la causa sobredicha, esperaron hasta el día siguiente que viéndola entrar, salieron buen trecho fuera del puerto, y entrados en ella dieron al padre comisario el parabién de su venida y llegada por parte de la misma provincia. Luego que entró la nao a surgir, dijeron al padre comisario de parte de los oficiales reales, que eran ya llegados a visitar la flota, que no embargante que la nao en que venía no estaba visitada, pudiese salir a tierra con sus frailes, y subir arriba hacia México con su ropa y hato, cosa que el padre comisario agradeció mucho. Otro día, miércoles doce de septiembre, salió a tierra a la isla de San Juan de Ulúa, donde dijo misa, y agradeció a los oficiales reales la cortesía que le hacían, pero díjoles que no se aprovecharía de aquella merced, sino que la nao se visitase primero, porque así recibiesen los que en ella iban este beneficio de salir en breve de aquella cárcel y prisión; ellos lo hicieron luego así, porque el padre comisario se despachase, y estando con esto despachado, el mismo día por la tarde se pasó con los religiosos a la banda de tierra firme, de donde tomó el camino para la Veracruz, y de allí para México, como agora se dirá.

En una venta que está allí en la banda de tierra firme, tenía el guardián del convento de la Veracruz las bestias necesarias para que el padre comisario y sus compañeros, y él y el suyo, fuesen a aquella cibdad, que está cinco leguas del puerto. Anduviéronlas éstas con la fría de la tarde y entraron el dicho día doce de septiembre en la cibdad de la Veracruz, primer pueblo de la Nueva España, y fueron derechos a nuestro convento, donde descansaron hasta otro día por la tarde.

Jueves trece de septiembre salió el padre comisario a las tres, después de mediodía, de la Veracruz, y pasadas muchas ventas y andadas quince leguas, llegó otro día por la tarde a Xalapa, primer pueblo de indios (por-

que la Veracruz es de españoles), los cuales le salieron a recibir con tanta devoción, contento, fiesta y alegría, como si en aquella tierra entrara uno de los apóstoles. Dos leguas antes tenían lleno el camino a trechos de arcos hechos de ramas y hojas de árboles, al modo de los triunfales que hacen en España, y en cada uno muchas diferencias de música de trompetas, flautas, chirimías y otros instrumentos, hasta llegar a su pueblo, donde media legua antes fue cosa para loar al Señor ver salir en procesión toda la gente, hombres y mujeres, chicos y grandes, y hincarse de rodillas sólo a pedir la bendición al padre comisario, y aunque los atropellaban los caballos de los españoles, que le habían salido a recibir una legua antes, no por eso se volvían atrás hasta haber besado el hábito o siquiera tocádole con la mano. En ese pueblo estuvo desde el jueves hasta el domingo en la tarde, diez y seis del dicho, y entonces salió a dormir a una venta seis leguas de allí, llamada de las Vigas, donde por orden del guardián de Xalapa había tan copioso aderezo de camas y de cenar para doce personas que iban, que sobró para muchos pasajeros españoles que allí habían llegado.

Otro día, diez y siete de septiembre, día de las llagas de nuestro padre San Francisco, tomó la mañana el padre comisario y fue a decir misa a un hospital que llaman de Perote, tres leguas de allí, el cual está en el camino para todos los pobres enfermos que van en las flotas a la Nueva España. Allí halló tanto regalo y recibimiento hecho por los indios de un pueblo llamado Tecamachalco, catorce leguas de aquel hospital, como se le pudiera hacer a cualquier grande de España en su tierra, porque con llegar al salir del sol a este sitio, ya tenían el camino lleno de arcos triunfales de los sobredichos, y muchas diferencias de músicas y danzas de niños, y en el hospital muchos regalos de aves, cabritos, carneros, pan y vino, frutas y conservas y confitura en tanta abundancia, que aunque llegaran cincuenta personas había para todos y sobraba. Allí hablaron el padre comisario general el gobernador, alcaldes y regidores de Tecamachalco por medio de un intérprete, dándole el parabién de su venida y agradeciéndole los trabajos de tan larga jornada por su amor, diciendo que estaban ciertos que no iba por oro ni por plata, sino por la salvación de sus almas. Razones que enternecían el corazón a los oyentes, y especial al padre comisario, al cual otros muchos le dijeron después otro tanto. Después con mucha devoción y humildad le pidieron que pasase por su pueblo, induciéndole a esto con decir que pues Dios le había traído a aquella tierra por sucesor de los primeros padres que habían sido su consuelo, y con cuya doctrina habían salido sus mayores de la servidumbre del Demonio, no había de ser él menos, sino que los consolase en lo que de presente

le pedían y los ayudase en lo espiritual para lo de adelante. Agradecióselo el padre comisario y animólos prometiéndoles su ayuda para todo su consuelo, pero el pasaje por su pueblo no pudo haber efecto, porque llevaba muy contados y tasados los días que eran menester para llegar a México por camino derecho y para visitar en aquella cibdad las personas de obligación antes de la fiesta de nuestro padre San Francisco, en la cual había de predicar; y por esta causa luego, en diciendo misa y almorzando, se partió de allí para ir a dormir a una venta siete leguas más adelante, en la cual halló el mismo regalo y tan cumplido como en las demás, porque el guardián de la guardianía más cercana, que es en un pueblo llamado Guamantla, tenía proveído todo lo necesario. Allí durmió el padre comisario aquella noche, y otro día martes diez y ocho de septiembre llegó a Guamantla, que es cuatro leguas de la venta sobredicha, donde rueron a verle los gobernadores y principales de Tlaxcalla, y a pedirle lo que por carta ya le habían por el camino pedido, y era que no dejase de ir por su cibdad y descansar en ella, y no se despidieron dél hasta que lo concedió y les señaló el día que había de llegar. En Guamantla estaba el provincial de aquella provincia, que con la nueva de la venida del padre comisario, había salido a aquel pueblo a recibirle; los indios asimismo deste pueblo le recibieron con las ceremonias acostumbradas en los demás pueblos, de bailes, danzas y músicas de todo género de instrumentos.

Allí en Guamantla descansó dos días el padre comisario y a los 20 de septiembre partió para Tlaxcalla, que está seis leguas más adelante, y con el provincial y otros religiosos llegó a aquella cibdad a mediodía, y en ella vio tanta devoción en los indios, que dio por bien empleados los trabajos padecidos por mar y por tierra, viendo en aquellos pobrecitos la devoción tan inflamada como en los verdaderos cristianos de la primitiva Iglesia, y era cosa para alabar a Dios verlos salir en procesión y hincados de rodillas y llorando pedir la bendición ofreciendo muchos ramilletes y guirnaldas hechas de flores odoríferas, y pan y fruta, huevos y gallinas, conforme a su posibilidad y pobreza. Para el día en que entró el padre comisario en Tlaxcalla estaba junta toda la cibdad, esperando sólo su llegada, y fue recibido con tanta alegría de su parte de ellos, cuanta alegre su vista para él. Los principales salieron una legua antes de llegar al pueblo, y ellos y muchos españoles nobles y tratantes que allí viven le fueron acompañando a caballo hasta entrar en la cibdad. El camino estaba lleno de gente, hombres y mujeres, hincados de rodillas, y a trechos había de aquellos arcos triunfales y en ellos diferencias de músicas. A la entrada del pueblo, demás de la multitud de gente que había con muchos instrumentos musicales, salieron doce cuadrillas de indios que cada una traía su diferencia de baile a su modo antiguo, vestidos todos según lo solían hacer en días de



grande alegría en tiempo de su gentilidad. Con este acompañamiento llegó al convento, donde estaban los religiosos que en él moraban y otros muchos de la comarca, puestos todos en procesión fuera del compás de la iglesia, a la cual le llevaron cantándole los cantores el *Te Deum laudamus*, y los unos y los otros se regocijaron mucho con su venida. Allí en aquel convento recibieron al padre comisario fray Alonso Ponce, el padre provincial y definidores de aquella provincia, y el padre fray Pedro Oroz, su antecesor, el cual le entregó luego el sello del oficio. Descansó allí tres o cuatro días, en los cuales así los indios como los españoles del pueblo le hicieron mucho regalo y las fiestas que pudieron, porque el domingo en la tarde hicieron los indios muchos bailes y danzas, y los españoles corrieron caballos y despidieron la fiesta con un toro, que la regocijó dando dos o tres vueltas y matándole luego. A la noche encendieron por toda la cibdad muchas luminarias en lo alto de las casas, corriendo caballos gran parte de la noche, vestidos de blanco, con hachas encendidas en las manos, todo con una devoción y alegría extraña.

A los veinticuatro de septiembre partió de Tlaxcalla el padre comisario para la cibdad de la Puebla de los Ángeles, que está de allí cinco leguas; llegó allá a las diez del día, y fue recibido con mucha solemnidad de los religiosos de nuestro convento. Visitó al obispo de Tlaxcalla que reside en aquella cibdad, y no se detuvo allí más de aquel día.

Otro día siguiente, veinticinco del dicho, llegó a la cibdad de Cholula, dos leguas de la Puebla. Es aquel pueblo de los indios más devotos que hay en la Nueva España, los cuales por no haber sabido con tiempo la ida del padre comisario para poderla solemnizar, se mostraron tan corridos que fue necesario que el guardián del convento los consolase diciéndoles que presto volvería por allí a recibir su regalo; y aunque fue tan de prisa y de mañana esta llegada a Cholula, porque llegó cuando salía el sol, todavía tenían enramadas las entradas y calles del pueblo y los cantores aprestados que salieron al camino a darle música y regocijarle, y demás desto le hicieron los principales un muy solemne presente en que llevaron quince diferencias de comidas.

Este mismo día fue a dormir a un pueblo llamado los Ranchos, cuatro leguas de Cholula, visita de un convento nuestro, donde el guardián y los indios le tenían aderezado de cenar y camas en que durmiesen los que con él iban. Otro día veinte y seis de septiembre, pasó el padre comisario el puerto y fue a un pueblo llamado Tlalmanalco, seis leguas de los Ranchos, donde hay un convento de nuestra orden, en el cual y por los indios de aquel pueblo se le hizo muncha fiesta y regalo; saliendo siempre aquella pobrecita gente a los caminos a recibirle y pedirle la bendición, cosa que muy de veras le hizo aficionarse a ellos.

Otro día, veintisiete de septiembre, fue a dormir a un muy lindo y devoto pueblo llamado Xuchimilco, seis leguas de Tlalmanalco, habiendo comido a las dos leguas en otro llamado Chalcoatengo, y en el uno y en el otro fue recibido con mucho contento de los religiosos y fiestas de los indios, hallando siempre en los caminos muchos de aquellos arcos triunfales, y presentes de frutas y ramilletes y guirnalda de flores que suelen ellos usar en sus fiestas y días solemnes.

[Del recibimiento que se hizo al padre comisario en la ciudad de México, y de cómo tomó por secretario a fray Antonio de Ciudad Real]

Viernes veintiocho de septiembre, víspera de San Miguel, andadas desde el puerto allí más de setenta leguas, con los recibimientos sobredichos y con otros muchos que por evitar prolijidad no se dicen, entre los cuales se hicieron algunos que tenían apercibidos para el virrey que se esperaba y no vino en aquella flota, entró el padre comisario general en la cibdad de México, que está cuatro leguas de Xuchimilco. Llegó a nuestro convento tan de mañana, que halló a los frailes muy descuidados, porque no le aguardaban tan temprano, de lo cual se affligieron mucho los indios, porque quisieran solemnizar su llegada y entrada, y con el mismo descuido no hubo lugar. Llegado el padre comisario a México, visitó al arzobispo, que era visitador de la Audiencia y gobernador de la Nueva España, y hizo las demás visitas forzosas y de obligación. Presentó sus recabdos a los dos de octubre en la real Audiencia que reside en aquella
OCTUBRE cibdad, y vistos, los dieron por buenos y se los volvieron para
1584 que usase de ellos. A los catorce de octubre, día de nuestro padre San Francisco, predicó al pueblo en la capilla de San José, que está en el patio de nuestro convento; oyólo el arzobispo y toda la Audiencia y lo más granado de aquella cibdad con mucho gusto y contento de todos, y con más aplauso que se pudiera esperar aunque no viniera cansado y hobiera tenido mucho tiempo para el estudio; pero Dios provee al tiempo de la mayor necesidad y comunica su gracia a sus siervos y amigos para el bien de las almas.

Otro día después de la fiesta de nuestro padre San Francisco, fue el padre comisario a otro convento de nuestra orden que está en aquella cibdad, llamado Santiago Tlatilulco, donde se le hizo mucho regalo y fue recibido y regocijado por los indios de su jurisdicción, y principalmente por los indios estudiantes colegiales de un colegio que está fundado dentro el compás de aquel convento, debajo de la protección y gobierno de los religiosos dél; y para que se vea la pía afición y deseo destos pobrecitos

se pone aquí una oración que en latín y en romance castellano hicieron al padre comisario cuando allí llegó, la cual es la que sigue:

Humiliter redit gratias Domino Deo nostro universum hujus collegii sodalitiū quia incolumen te habemus ꝑoh præstantissime Pater! in hac nostra tam longinqua regione eo quod tam misericorditer protexit te Deus Omnipotens à tantis periculis tam prolixo maris et distantissimæ terræ uberimos fructus nobis à futuros expectamus ex tam desiderato vestræ paternitatis adventu. Dixi.

Todos los estudiantes de este colegio hacemos muchas gracias a nuestro señor Dios, por la próspera venida de vuestra Paternidad a estas provincias tan remotas, habiéndole librado de tantos peligros, de tan prolijo y peligroso mar y tanta distancia de tierra. Esperamos gran fruto de la venida tan deseada de vuestra Paternidad.

Aquí dijo su maestro al padre comisario que los perdonase, que no eran más que papagayos o urracas que decían lo que habían aprendido sin entenderlo. Y luego dijo otro estudiante de ellos en latín:

Ita res habet ad omnem veritatem, Reverende admodum Pater, quia à non paucis estimemur tanquam picæ et psittaci qui laboriose docentur et cito oblibiscuntur, et hoc non gratis, quia certè tenuissima habilitate dotati sumus, sed ob is egemus magno et continuo auxilio.

Después dijo este mismo en romance:

Es muy gran verdad, muy reverendo padre, que cerca de la opinión de muchos, nosotros los indios de esta Nueva España somos como pegas o urracas y como papagayos, las cuales aves con trabajo se enseñan a hablar, y muy presto olvidan lo que se les enseñó; y esto no se dice en balde, porque a la verdad, nuestra habilidad es muy flaca, y por tanto tenemos necesidad grande de ser ayudados para que vengamos a ser hombres cabales.

A esto salió un indio grande, vestido como español, y hablando en español comenzó a decir por vía de mofa y escarnio, que bien merecían ser ayudados para que se criasen en ellos otros borrachos y desagradecidos como los demás. A esto dijo el maestro:

Miente el vellaco, que por cierto que son buenos hijos y cuidadosos de la virtud y de su estudio, sino que vosotros nunca sabéis abrir la boca sino para decir mal de ellos, y cualesquiera cosa que les es próspera os llega al corazón, que no querriades sino que siempre anduviesen cargados con la carga a cuestras, ocupados en vuestro servicio. Pues mirad

que Dios es justo, el cual dice: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.*

Y con esto se acabó la fiesta; y el padre comisario se detuvo allí en aquel convento hasta el domingo siguiente en la tarde, que se volvió al de San Francisco, donde fue visitado, así de la gente española y principal, como de los religiosos y prelados de las demás órdenes, y más de los guardianes comarcanos, no le faltando negocios de su oficio a qué acudir entonces y después, como adelante se irá refiriendo.

A esta sazón que el padre comisario llegó a México, estaba en Tezcuco, siete leguas de aquella cibdad, un fraile llamado fray Antonio de Cibdad Real, cuartanario de casi tres años, que había ido de la provincia de Yucatán a curarse, y teniendo de él noticia el padre comisario, le envió a llamar mandándole por obediencia que fuese a su presencia a México. Hízolo así el fray Antonio, y llegado allá le mandó por la misma obediencia que le acompañase y fuese su secretario, y luego le entregó el sello de su oficio, no obstante que fray Alonso de San Juan, el que había ido de España con el padre comisario, pretendía con todas sus fuerzas serlo, y que a él se le diera; y porque esto no se hizo, se desgració tanto y se mostró siempre tan contrario al padre comisario y a sus cosas, que no paró en prosecución desto, hasta que murió en la demanda, como adelante se dirá. Por el secretario sobredicho despachó el padre comisario sus patentes y recabdos a todas las provincias de su distrito, que demás de la del Santo Evangelio de México, eran también la de Yucatán, la de Guatemala, la de Michoacán y la de Nicaragua, y las custodias de Zacatecas y Tampico, en todas las cuales fueron bien recibidos y sin réplica obedecidos. Éste también le acompañó en la visita de todas estas provincias, y en todos sus caminos, destierros y peregrinaciones, así por mar como por tierra, fue su compañero *ad-látère*, participando de todos sus trabajos y persecuciones sin dejarle un punto hasta volver con él a España, como adelante se dirá.

[*De cómo decidió el padre comisario asistir al capítulo intermedio de la provincia de Michoacán, y del camino que tomó*]

A este mismo tiempo estaba un poco inquieta la provincia de Yucatán, arriba dicha, y el provincial de ella renunciaba muy a prisa y había enviado un fraile con recabdos pidiendo comisario que la visitase y tuviese en ella capítulo provincial, y queriendo el padre comisario general ir a esto en persona, se lo estorbaron y le fueron a la mano el provincial y difinidores de la provincia de México, representándole que demás de que era ponerse en manifiesto peligro de la vida, por ser como era recién

llegado de España y haberse luego de tornar a embarcar, no convenía hacer en aquella coyuntura ausencia de México donde comenzaban ya a juntarse los obispos sufragáneos de aquel arzobispado para el sínodo provincial que se había de tener y celebrar en aquella cibdad, porque decían que importaba mucho que asistiese a él y volviese y abogase por sus provincias como prelado general y pastor de todas; teniendo por cierto que había de tener voto en aquel concilio como lo tienen los generales de las órdenes en los concilios generales, pues en toda la Nueva España tenía las veces de nuestro padre general. Estas razones daban para que el padre comisario general no fuese a Yucatán, sino que se quedase allí en México. Pero quien tanto pugnó después para echalle no sólo de aquella cibdad, más aun de toda la provincia (como adelante se dirá), puédesse presumir que en pretender entonces que no hiciese ausencia de ella, pretendía algún particular interés y, según algunos dijeron, era que enviase por comisario a Yucatán uno de sus amigos, para los fines que ellos se saben. Pero el padre comisario, teniendo por entonces atención más a las razones que le daban, y pareciéndole bastantes, dejó la ida de Yucatán, y envió allá por su comisario a fray Alonso Urbano, fraile principal de la provincia del Santo Evangelio, y guardián del convento de Tlaxcalla, predicador en nuestra lengua y en otras dos de las de Nueva España, que son la mexicana y la otomí, el cual visitó aquella provincia y tuvo en ella capítulo provincial y la dejó muy quieta y pacífica.

Asimesmo, luego como el padre comisario general llegó a México, comenzaron a venir cartas y avisos y aun quejas de los frailes de la provincia de Michoacán, pidiéndole los fuese a visitar y consolar, y que en ninguna manera dejase de hallarse en su capítulo intermedio, que le habían de tener el día de San Sebastián del año siguiente de ochenta y cinco. Por otra parte los de la custodia de Zacatecas estaban sin custodia, y pedían visita y que se les diese prelado; y aunque el padre comisario quería acudir a lo uno y a lo otro y remediar todas estas necesidades, y lo pretendió y hizo sus diligencias para hacerlo, nunca el arzobispo de México, que (como queda dicho) gobernaba la tierra, le quiso dar licencia para salir de aquella cibdad, sino que se estuviese en ella, porque le comunicaba mucho y gustaba de su conversación y letras. Viendo esto el padre comisario envió a Zacatecas a fray Cristóbal de Cea, fraile docto y principal de aquella provincia y que había sido difinidor della, para que tuviese capítulo en la custodia sobredicha, dándole asimismo comisión para que de camino visitase tres conventos de la provincia de Michoacán, y él se quedó en el de San Francisco de México, en el cual y en el de Santiago de Tlatilulco se detuvo tres meses, al cabo de los cuales, importunado del arzobispo y persuadido que así convenía, le concedió licencia para poder ir a

Michoacán, donde cada día venían nuevas cartas pidiendo con mucha instancia que se hallase en su capítulo, y dando a entender que estaba la provincia inquieta y que si allá no iba habría en el capítulo alguna turbación. Alcanzado este beneplácito y licencia, salió el padre comisario de la cibdad de México para la provincia de Michoacán, llevando en su compañía a su secretario y a fray Juan de Castañeda, difinidor y hijo de la provincia del Santo Evangelio, guardián que a la sazón era de Santiago de Tlatilulco, y a fray Juan Cano, lego, hijo de la misma provincia, y al corista que había sacado de Oropesa. Pasó este camino como aquí se dirá, aunque con breve y muy sumaria relación.

Miércoles dos de enero de mil quinientos ochenta y cinco años, salió el padre comisario entre las ocho y las nueve de ENERO la mañana, del convento de San Francisco de México, camino de Michoacán, y andada una legua llegó al convento y pueblo de Tlacuba, donde le estaba aguardado el provincial y los otros difinidores y otros frailes, con los cuales comió y todos se regocijaron en el Señor, mostrando en lo exterior pesar y tristeza de que se les absentase y rogándole diese presto la vuelta.

La legua que hay de México a Tlacuba, es de camino ameno y muy deleitoso, por una calzada hecha a manos. Por la una parte y por la otra hay huertas y casas de recreación, y muchos prados y lagunillas y acequias de agua, donde se coge mucha fruta, mucha rosa castellana, y hay gran suma de trébol de Castilla. A la banda del mediodía viene por la orilla de el mismo camino la media legua hasta entrar en México, una fuente encañada que lleva medio buey de agua muy buena, de que se provee la mitad de la cibdad. Nace esta fuente en un pueblo llamado Santa Fe, dos leguas de México, como después se dirá; y media legua antes de llegar a la cibdad, pasa a raíz de una casita de frailes descalzos de nuestra orden que está en el mismo camino, los cuales no eran entonces de la jurisdicción del padre comisario, pero fuéronle después, como adelante se dirá a su tiempo.

Aquel mismo día dos de enero salió de Tlacuba el padre comisario con determinación de ir a dormir a un pueblo de indios otomíes llamado San Antonio, visita de clérigos, y estando ya de camino a la puerta del convento, llegó un religioso, hijo de aquella provincia llamado fray Pedro de Zárate, que venía de la de Guatemala, para la cual había traído en aquella flota frailes de España y venido por su comisario, y queriendo dar al padre comisario general las cartas y recabdos que llevaba, no los halló en la manga, y así se volvió a México donde entendió que se le habían olvidado. El padre comisario comenzó su viaje sin llevar indio ninguno ni otra persona que le guiase, porque ni se le dieron, ni a él ni a



sus compañeros se les acordó de pedirla, y caminando por un camino ancho y al parecer muy usado, a cabo de un rato tomó él y el difinidor (con quien iba hablando) otro muy diferente; los compañeros que iban delante advirtieron esto y enviaron de presto a decirles con el fraile lego que no iban bien por allí, que volviesen al camino ancho, y creyendo que presto los alcanzaría siguieron ellos aquel carril ancho, el cual los llevó por unos altos que llaman de Tlacuba, en que se coge muncho y muy buen trigo; y caminando poco a poco yendo siempre aguardando al padre comisario y a los demás, pasadas muchas barrancas y algunos arroyos, llegaron ya muy de noche al dicho pueblo San Antonio, tres leguas grandes de Tlacuba, y a cabo de rato llegó el fraile lego solo, el cual les dijo que por no haber podido alcanzar al padre comisario y al difinidor, se había vuelto, creyendo que iban por algún atajo, de que no poca pena y pesadumbre recibieron todos. Hicieron luego que los indios estuviesen tocando las campanas y que otros allá fuera del pueblo tañesen las trompetas, para que si los perdidos (que por tales los tenían ya) las oyesen pudiesen atinar con el pueblo; porque hacía una noche muy oscura y eran muchas las barrancas que por allí hay, en que fácilmente podían caer y despeñarse. Fue nuestro Señor servido que entre las nueve y las diez de aquella noche, llegaron con una oscuridad muy grande, mojadas las piernas y muy quebrantados del mucho andar perdidos atravesando acequias y barrancas; porque según parece, cuando salieron de Tlacuba comenzaron a hablar, y embebecidos en su plática sin mirar por dónde iban, dejaron ir las cabalgaduras por donde los quisieron llevar, y advirtiendo después que iban perdidos, rogaron a un indio que acaso encontraron, que los guiase a San Antonio, pero el indio los llevó a otro San Antonio que llaman de las Huertas, junto a México, y echando entonces más de ver cuán perdidos iban, dieron la vuelta, y andando cruzando acequias de agua sin atinar con el camino, llegaron a una algo honda, y queriéndola vadear el padre comisario, se hundió la bestia en que iba hasta que se le cubrió el anca, y él se mojó hasta encima de las rodillas; el difinidor no se atreviendo a pasar por allí, dióse a buscar otro paso y halló un madero atravesado, por el cual pasó a pie, dando su bestia al indio, el cual la pasó por otra parte y se mojó aún más que el padre comisario. Fue Dios servido que a esta sazón llegó allí un español y buscó otro indio y le pagó porque los guiase al dicho pueblo San Antonio de los Otomíes. El difinidor, viendo al padre comisario cuán mojadas tenía las calcillas, quitóse las suyas que estaban secas y dióselas porque no le hiciese mal, y lo mismo hizo con las suelas, y a él le ató el español a los pies unos pañuelos de lana que le sirvieron de peales y zapatos, y desta manera llegaron todos tres a la hora dicha a



San Antonio, donde los estaban los demás aguardando. Con su llegada se holgaron todos y recibieron mucho consuelo, aunque les hizo lástima ver cuán mal tratados iban, y oírles contar lo que habían pasado. El secretario, que iba cuartanario, tuvo aquella noche calentura, y al difinidor le dio un desmayo tan grande que estuvo un rato muy fatigado y casi sin habla, aunque luego volvió en sí. Finalmente todos pasaron lo restante de la noche con mucho trabajo y no menos frío, que le hace en aquellos altos muy fino. A la mañana cuando se levantaron, poco antes que amaneciese, hallaron que había llegado fray Pedro de Zárate con las cartas y recados que se le habían olvidado en México, el cual por hallarlos y traerlos de presto al padre comisario, había andado la mayor parte de aquella noche, y de allí fue en su compañía hasta la cibdad de Valladolid. Todos estos infortunios sucedieron en aquella primera jornada, y por ventura era todo industria y traza del Demonio, para que no pasase adelante el padre comisario, y se dejase de hacer el bien que en aquel viaje se hizo, que no fue pequeño.

Jueves tres de enero salió al amanecer de aquel pueblo, y acabados de subir y bajar los altos sobredichos, con los puertos que hay entre México y Toluca, y pasadas a subida y bajada muchas barrancas con un frío muy recio, llegó como a las diez del día al Río Grande, que por otro nombre se llama de Toluca, porque corre por aquel valle, no lejos de aquella villa. Pásase por una puente de madera, junto a la cual estaban muchos indios e indias de un pueblecito no lejos de allí, llamado San Mateo, puestos en procesión aguardando al padre comisario con cruz y pendones, pretendiendo llevarle a comer a su pueblo; agradeciéles su devoción y buena voluntad, pero no accedió a lo que pretendían, porque importaba mucho llegar presto a Michoacán, y no convenía detenerse. Pasó, pues, adelante y andadas dos leguas de camino tan llano que aun a los muy descansados cansa y muele, llegó a mediodía a la villa y convento de Toluca, cinco leguas largas de San Antonio, dos del Río Grande y nueve de México. Hiciéronle los indios de aquella villa muy solemne recibimiento, con muestras y señales de mucha devoción; lo mesmo mostraron los españoles que allí residen, que son muchos. Los indios de aquel pueblo y los demás de aquella guardianía, parte de ellos son mexicanos, parte otomíes, parte matalingas y parte maraguas, que son diferentes naciones y diferentes lenguas, aunque los maraguas hablan la lengua otomí corrupta; todos caen en el arzobispado de México. El convento es bueno y bien edificado, está acabado, con su claustro alto y bajo, iglesia, dormitorios y huerta, en la cual se hace muy buena hortaliza y se dan duraznos y tunas de maravilloso sabor. Había a la sazón en aquel convento estudio de

teología y muchos estudiantes; cuando no le hay, moran en él de ordinario cuatro religiosos.

Está aquel convento con otros tres fundado en un valle muy grande que llaman de Toluca, muy fértil de maíz y de pastos para ganado mayor y menor, y así hay en él muchas estancias, críanse muchos puercos y hácese maravillosos perniles que tienen fama en toda la Nueva España. En Toluca hacen los indios, de yerba de la tierra, cuerdas para mujeres, muy blancas y delicadas, y tan curiosas como se pueden hacer en Castilla; es pueblo de grande vecindad y en él y en todo aquel valle hace muy recio frío y se dan muy buenas tunas y en mucha abundancia.

Después de haber comido el padre comisario allí en Toluca, descansó hasta tarde, que partió de aquel pueblo y convento y fue a dormir a otro llamado Zinacantepec, una legua más adelante de camino llano. Estaban los frailes y los indios muy descuidados, no pensando que llegara tan presto, y así los unos y los otros quedaron corridos por no haber solemnizado su llegada. Los indios de aquella guardianía son otomíes, excepto unos pocos mexicanos que hay entre ellos, y todos caen en el mismo arzobispado de México. El convento es uno de los cuatro del valle de Toluca, no estaba acabado, pero va bien hecho y lleva buen edificio; residen de ordinario en él dos religiosos. Allí descansó el padre comisario aquella noche, y estuvo muy malo de una mano el difinidor, que del sol y calor de aquel día y del trabajo del día antes, junto con su muncha edad se le hinchó y tuvo que curar algunos días; hace por allí finísimo frío.

Los otros dos conventos del valle de Toluca sobredicho, son el de Calimaya y el de Metepec. El de Metepec es pequeño y antiguo, y está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, iglesia y huerta, en la cual se dan muchos y muy buenos duraznos y otras frutas, y de casi todas las hortalizas y legumbres de Castilla. Riégase todo con una poca de agua que viene de una fontecilla de allí cerca. Está fundado aquel pueblo en el valle sobredicho, muy cerca de un cerro llamado Metepec, que quiere decir cerro de *magueis*, que son unas plantas de quien adelante se dirá, y de allí toma el nombre; moran en el convento de ordinario dos religiosos, los indios que tienen a cargo unos son mataltzingas, otros matzaguas y otros mexicanos, y otros otomíes, aunque pocos; todos caen en el arzobispado de México. Calimaya está dos leguas de Metepec, en el mismo valle, más apartado de Toluca. El convento es viejo y pequeño como el de Metepec, residen en él dos religiosos; los indios del pueblo y de los demás de la guardianía son como los de Metepec y caen ansimesmo en el arzobispado de México. Cerca de aquel convento está una sierra muy alta, y en la cumbre de ella hay dos lagunas muy grandes y muy hondas, un

poco apartada la una de la otra; en la una de ellas, considerando los indios de aquella comarca en su infidelidad alguna deidad por verla en tal sitio, echaban dentro en el agua por sacrificio mucho *copal*, que es incienso de aquella tierra, y aún el día de hoy dicen que se saca della mucho desto. Hay también allí cerca otra sierra muy más alta, que tiene en su cumbre nieve lo más del año; llámase la Sierra Nevada de Toluca o de Calimaya. Hácese en este lugar mención de estos dos conventos, Metepec y Calimaya, juntamente con el de Toluca y Zinacantepec, porque cuando el padre comisario general visitó la provincia de México no le dieron lugar para visitar estos cuatro, como entonces se dirá, y estarse ha dicho de ellos para cuando se tratase de los demás.

Volviendo pues a nuestro camino, viernes cuatro de enero salió el padre comisario de madrugada de Zinacantepec, y pasado un riachuelo y algunos arroyos y un poblzuelo de indios otomíes, y munchas cuestras y algunas barrancas y dos estancias de ganado mayor, y pasado finalmente otro riachuelo, y habiendo andado un rato perdido por otras barranquillas y ciénagas secas, llegó muy cansado y fatigado del sol a otra estancia llamada de Olmos, cuatro leguas de Zinacantepec, donde un religioso de aquel convento le estaba aguardando con la comida, aunque no comió bocado por ir como iba muy fatigado e indispuerto; comieron los demás frailes, aunque mal y de mala gana por la mesma ocasión, pero descansaron los unos y los otros como dos horas. Después de mediodía salió de aquella estancia el padre comisario con la fuerza del sol, y caminando por unas ciénagas secas y por entre unos largos y muy espesos pinares, pasadas unas sabanas y dehesas llenas de agua, llegó a una mala y pestilencial barranca, llamada de Malacatepec; bajóla con grandísimo trabajo porque es muy larga y penosa y se siente muncho su bajada. Finalmente, ya puesto el sol, llegó a un poblecito llamado Malacatepec, de donde toma nombre la barranca sobredicha, de indios otomíes, del arzobispado de México, visita de clérigos, cuatro leguas largas de la estancia de Olmos, y ocho de Zinacantepec. Diéronle colación dos frailes que estaban allí del convento de Toluca, y por no haber comido bocado en todo el día comió entonces unos huevos. Hace en aquel pueblo mucho frío y sintióse mucho aquella noche por tener poco abrigo y reparo. Corre allí junto un arroyo con que se riegan unas labranzas de tierra, y no muchas leguas de aquel lugar hay unas minas de plata llamadas en lengua mexicana Tematzcaltepec.

Sábado cinco de enero salió el padre comisario muy de mañana de aquel pueblo, y pasado allí junto a las casas, por una puente de madera, un río y después algunas barranquillas y malos pasos, y muchos pinares, llegó al salir del sol a una barranca muy profunda, malísima de bajar y peor de



subir. Por lo hondo de esta barranca corre un riachuelo, pasóle por el vado, porque una puente que había en él de madera, estaba a la sazón quebrada, fue menester que se apease de la bestia en que iba para bajar y subir aquella mala barranca, porque estaba muy empinado el camino y ándase mal y con mucho peligro a caballo; lo mesmo se hizo en algunas otras por todo aquel viaje. Pasada aquella barranca y andadas en todo dos leguas largas de camino llano entre pinares y montañas de altos árboles, y pasado un arroyo llegó a emparejar con un poblecito de indios otomíes, visita también de clérigos y del mesmo arzobispado, llamado San Juanico; no se detuvo allí ni entró dentro el padre comisario, porque está un poco apartado del camino y no se ofreció necesidad de ir allá. Pasó de largo, y pasados otros dos o tres arroyos y un río y algunas cuestras y barranquillas, entre montañas de pinos y otros árboles muy altos, llegó finalmente, poco antes de mediodía al pueblo y convento de San Juan Zitácuaro, cuatro leguas pequeñas de San Juanico, donde fue recibido con mucho contento, devoción y alegría, así de los indios como de los frailes.

Es aquel pueblo del obispado de Michoacán, y el convento el primero de los de aquella provincia, de la cual y de sus coventos y frailes y de cosas de aquella tierra, así en común como en particular, no se dice al presente nada, que la prisa que el padre comisario lleva no da lugar a que de esto se trate, tratarse ha adelante, cuando se refiera la visita que en ella se hizo dos años después, cuando volvió de Guatemala, y como adelante se dirá; solamente por agora se llevará dicho y sabido que en aquella guardanía hay indios tarascos, que son los de Michoacán y otomíes y matzaguas, y aun matalzingas.

Después de haber comido en San Juan Zitácuaro y descansado un rato, partió el padre comisario el mesmo día de aquel pueblo, y andaba media legua de camino llano, llegó a una mala barranca por cuya hondura corre un riachuelo que se pasa por una puente de madera. La bajada de esta barranca, aunque tenía el camino muy empinado, pasóse bien porque le habían aderezado los indios, pero para subir fue forzoso apearse el padre comisario, porque fuera temeridad otra cosa según estaba de malo y empinado el camino, hecho a manera de escalera que iba culebrando. Por no hacer otro tanto un español, en aquel mesmo paso, rodó con su caballo, pocos días antes, aquella barranca abajo y quedando él sin lesión alguna murió luego la cabalgadura, lo cual se tuvo a milagro. Subida aquella barranca caminó por entre unas montañas de quejigales, y pasadas otras barranquillas y algunos arroyuelos y andada una legua, llegó a otro pueblo pequeño de indios otomíes llamado San Felipe, visita de San Juan Zitá-



TRATADO CURIOSO Y DOCTO

cuero. Pasó de largo y andadas otras dos leguas en que se pasan dos arroyos y últimamente se baja una larga y penosa cuesta, llegó ya noche muy cansado a otro pueblo de indios tarascos llamado Santiago, visita del convento de Tlaximaloya. Allí está un fraile que le dio de comer y hizo mucha caridad, y aunque está el pueblo en lo bajo de la cuesta sobredicha, por estar descubierta al norte hace en él muy recio frío, y tal le tuvo aquella noche el padre comisario y sus compañeros.

Domingo seis de enero, día de los Reyes, salió el padre comisario antes que amaneciese de aquel pueblo, llevando por guía el fraile que allí estaba, y pasado por junto a las casas de un río por una puente de madera, comenzó a ventar un norte tan recio y frío que a todos hizo notable daño, en especial al padre comisario como a más viejo. Hacía una noche tan oscura que no se vía el camino, ni aun bastaba la guía para que ella el primero no le perdiese, saliéndose del muchas veces. Pero amanecióles, y con esto huyó la oscuridad y cesó la ocasión de perderse; volvióse la guía desde lo alto de una cuesta junto al río sobredicho, que se pasa por allí otra vez por otra puente de madera. Bajó la cuesta el padre comisario y pasó el río, y no habiendo bien entendido al fraile que desde lo alto le había mostrado el camino que había de tomar en pasando la puente, le erró luego y anduvo perdido un rato con sus compañeros hasta que llegados a unas caserías de indios salió uno de ellos y los tornó a poner en el camino; finalmente llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de Tlaximaloya, dos leguas mortales de Santiago. Hicieronle los indios muy buen recibimiento, y ellos y los frailes se ludgaron mucho con su llegada. Son aquellos indios tarascos y del obispado de Michoacán.

De Tlaximaloya salió el padre comisario después de comer, y pasadas tres riachuelos y andadas tres leguas llegó a un pueblo pequeño de aquellos indios y guardiana, llamado San Andrés, donde fue muy bien recibido y descansó aquella noche. Proveyó la cena un fraile de Tlaximaloya, acudiendo también los indios a hacerle fiesta y caridad con mucha devoción.

Lunes siete de enero salió de San Andrés el padre comisario, muy de madrugada, y caminó hasta salido el sol por una abra o valle muy espeso de pinos y robles muy altos, por el cual había tanta helada y escarcha por el suelo y por los mismos árboles, que iba temblando de frío, deseando que el sol saliese para calentarse, pero salió tarde por ser allí valle y entre árboles tan altos y espesos, y así duró más el frío. Antes de salir de aquella abra se pasan tres o cuatro arroyos grandes, después, bajada una larga ladera de un montecillo de árboles bajos, se pasa otro, donde descansó un rato el padre comisario con sus compañeros, y tomaron todos una poca de



refección, y a su secretario se le despidió la cuartana, que como dicho es había más de tres años que le perseguía. De allí pasó el padre comisario más adelante con un sol que abrasaba, y pasada una casa y estancia donde había muchos naranjos (que ya es aquella tierra un poco templada), y junto a la estancia un arroyo, llegó como a mediodía a un bonito pueblo, visita de clérigos, llamado Hindaparapeo, de los mismos indios tarascos y obispado de Michoacán, cinco leguas de San Andrés. Allí comió y tuvo la siesta, después prosiguió su viaje, y pasados dos o tres arroyos y algunas estancias y labranzas de trigo, y andadas tres leguas y media, llegó cuando el sol se ponía a un pueblo de españoles llamado Valladolid y en lengua tarasca Guayangareo; salió la justicia y todos los principales gran trecho de la ciudad a recibirle, y acompañáronle hasta dejarle en nuestro convento, donde asimesmo fue bien recibido y se le hizo caridad y descansó aquella noche.

Martes ocho de enero, dejando recabdo a fray Pedro de Zárate para que se volviese a México, salió el padre comisario de día claro de Valladolid, y pasado allí junto al pueblo un arroyo y poco más adelante, por una calzada de piedra y puente de madera, un río que parece mucho al de Guadiana de España, en cuya ribera, así como en él, se apacienta mucho ganado mayor, y pasada después una puente de muy buena agua y andadas tres leguas, pasó por entre dos pueblos, visitas de clérigos, un poco apartados del camino, el uno a la banda del norte y el otro a la del sur; luego a la subida de una cuesta, junto a los mismos pueblos, encontró dos guardianes de aquella provincia, que por orden del provincial iban a recibirle y acompañarle. Recibiélos muy bien y con ellos pasó adelante a otro poblecito llamado San Francisco, visita también de clérigos y de aquel obispado. Allí le dieron de comer y descansó la siesta; después partió de aquel lugar, y andada una legua casi toda de cuesta bajo, llegó a una bonita fuente que está en el mismo camino, junto a un pueblo despoblado, y sin detenerse nada pasó adelante, y andadas otras dos leguas de camino llano, dejando algunos poblezuelos a la una banda y a la otra, llegó antes que el sol se pusiese al pueblo y convento de Pátzcuaro, donde fue recibido con mucha fiesta y solemnidad, así por los indios como por los frailes. Detúvose allí aquella noche, en que estuvo muy indispueto.

Miércoles nueve de enero salió muy de madrugada el padre comisario de aquel pueblo, y pasado otro pequeño llamado Axuno, visita de clérigos, de los mismos indios tarascos, y andadas tres leguas entre cuestras por unos pinares, llegó poco después de salido el sol a otro poblecito llamado Pechátrato, de los mismos indios, donde hay un conventico nuestro. No entró ni se detuvo en él por poder andar la jornada de la mañana antes que el sol entrase con su furia, y así pasando de largo y andadas dos leguas largas,

casi todas de cuesta arriba no empinada, todo asimismo por entre pinares, llegó a comer a otro pueblo grande de los mismos indios, visita de clérigos, llamado Sivina, y corrupto el vocablo, Sabina. Hubo allí muy ruin recabdo y pasóse trabajosamente, por descuido y ruin maña de las guías. De allí salió el padre comisario después de comer, y pasado un gran trecho de camino muy polvoroso, y andadas cuatro leguas por montañas de pinares, dejando algunos pueblos no lejos del camino a la banda del norte, llegó puesto ya el sol a un poblecito de los mismos indios llamado Santa Cruz Tanaco, visita de un convento nuestro llamado Tzacapo. Allí estaba el guardián de Pechátaro aguardándole con la cena, y tuvo recabdo para todos; las indias asimesmo le trujeron colación de *huanita*, que es cierto género de maíz tostado a manera de confites, muy sabroso, que en lengua mexicana llaman *cacdlotl*. Está aquel pueblo en una ladera de un cerro y hace en él muy recio frío y tal se pasó aquella noche.

Jueves diez de enero, dejando allí al guardián de Pechátaro, que también iba a capítulo, aunque con menos prisa, salió el padre comisario de Tanaco de madrugada, con una mañana muy fría, y pasado antes que fuese de día un poblecito de los mismos indios, llamado San Miguel Zapitzirapo, visita de clérigos, encontró ya salido el sol al guardián de Tarécuato que salía en su busca, prosiguió con él su camino por unas malas cuestas entre pinares, y pasado un mal país, llegó a un pueblo pequeño de los mismos indios, llamado Ucumicho, de la guardianía de Tarécuato, tres leguas de Tanaco: pasado de largo y pasadas unas barrancas y andada una legua, llegó a otro razonable pueblo de los mismos indios y guardianía llamado Patamba, donde le regaló el guardián y le hizo mucha caridad, y los indios mostraron bien la devoción que tienen a nuestro estado. A la tarde fue a dormir al mismo pueblo y convento de Tarécuato, tres leguas y media más adelante de razonable camino; llegó allí temprano y hicieronle los indios (que también son tarascos) un solemne recibimiento con muchas danzas y juegos, y corriendo sus caballos con mucho contento y alegría, haciendo también un escuadrón de chichimecas contrahechos, que son los indios de guerra que hay en la Nueva España, con quien la traen de ordinario los españoles. Allí en Tarécuato descansó el padre comisario aquella noche.

Viernes once de enero salió de madrugada de aquel lugar y pasado un arroyo por junto a un pueblo, visita de aquel convento, llamado San Ángel, que está un poco apartado del camino a la banda del sur, y más adelante una fuente que nace en el mismo camino, en la ladera de un cerro, y luego unas ciénagas y otro arroyo, llegó antes que el sol saliese, a otro bonito pueblo de los mismos indios llamado Xaripu, visita de los padres agustinos, tres leguas de Tarécuato; pasó de largo sin detenerse, y



pasado un poco más adelante otro arroyo grande y después unos manantiales de agua y unas ciénagas que en tiempo de aguas se pasan mal, y andadas finalmente otras tres leguas, llegó ya tarde a un bonito pueblo llamado Uanimba en lengua tarasca y Xiquilpa en la mexicana, donde hay un convento nuestro, y se detuvo hasta la tarde. Aquella mañana antes que amaneciese, pasando unos de los frailes que guiaban al padre comisario un arroyo seco por una ponzuela de madera, cayó allí abajo la bestia en que iba, pero quiso Dios que ni ella ni el fraile recibieran daño ninguno. Una legua antes de llegar a Xiquilpa está un pueblecito algo apartado del camino a la banda de mediodía, del cual salieron los indios, y hecha una ramada por donde el padre comisario había de pasar, y colgada en ella una campana, le recibieron con mucha devoción haciendo mil repiquetes. En Xiquilpa hubo mayor recibimiento y de allí salieron a recibirle tres españoles.

Allí estaban ya algunos de los frailes capitulares que se iban acercando a la ciudad de Guadalajara, donde se había de tener el capítulo, y con parecer de algunos dellos, determinó el padre comisario de partirse aquella tarde por el camino que llaman de abajo, que va por junto a una laguna llamada de Chapala, dejando el de arriba que pasa por Matzamitlan, el cual (según a la vuelta pareció) era el mejor, y así después de haber comido y descansado un rato, salió de Xiquilpa, y pasado un bonito pueblo de indios tarascos, visita de clérigos, llamado Cuexomatlan, llegó ya de noche a otro de los mismos indios y visita llamado Xochillan, tres leguas de Xiquilpa, no lejos de la laguna sobredicha, donde aquella noche se albergó con ruin comodo y poco abrigo. En aquellas tres leguas se pasan unas muy malas cuestras y laderas de camino muy estrecho y tan llenó de piedras grandes y pequeñas, todas movedizas, que no dejaban andar a las bestias, por no haber donde poner los pies sino sobre las mismas piedras; fue maravilla muy grande cómo el padre comisario las pudo pasar sin caer. Finalmente llegó a lo llano, a la orilla de la laguna, donde el difinidor y otro fraile, no pudiendo ya sufrir la sed que llevaban del sol y cansancio de aquel día, bebieron muy despacio, con el sombrero de un indio, del agua que es dulce y muy delicada. De esta laguna se dirá adelante.

Sábado doce de enero salió el padre comisario de aquel pueblecito ya que amanecía, y atravesada una sabana o dehesa, subió unas cuestras de camino muy sabroso, después las bajó por otro peor, y subió y bajó otras tan malas como las de la tarde antes y aun peores, y como iba alto el sol y picaba mucho, ni bestias ni hombres se podían menear de calor, sed y cansancio, especialmente cuando bajaban junto a la laguna, donde no había viento que los pudiese favorecer y refrescar. Al fin, allá cerca del mediodía, llegó



el padre comisario fatigadísimo a un poblecito pequeño, llamado San Bartolomé Tezcueca, puesto en un alto cerca de la misma laguna, seis leguas del otro donde aquella noche había dormido, y tan desmayado y quebrantado del sol y camino tan áspero, que aunque los indios le hicieron caridad y dieron bagres y otros pescados frescos ni él ni nadie pudo comer sino de mala gana y casi por fuerza. Cae aquel pueblo en el obispado de Xalisco, que por otro nombre se llama del Nuevo Reino de Galicia y de Guadalajara, en una provincia que llaman de Ávalos; era entonces visita de una presidencia llamada Teucuitlatlán; hablan los indios de aquel pueblo, y de otros que vimos aquel día, la lengua mexicana corrupta, y son de la jurisdicción temporal de México. Pasada un poco la furia del sol, salió el padre comisario de aquel pueblo, y caminando orilla de la laguna sobredicha por buen camino y llano, llegó a otro poblecito de los mismos indios, obispado, provincia y visita, llamado San Luis, donde los pocos vecinos que en él había le recibieron con mucha alegría y le ofrecieron un poco de pescado. Dioles las gracias y pasó adelante, y andadas cinco leguas y pasados en ellas otros dos poblecitos, San Cristóbal y San Pedro, llegó muy de noche y no poco cansado a otro pueblo mayor, llamado San Martín, de los mismos indios, obispado y provincia, visita de un convento nuestro llamado Axixique. Hubo allí muy ruin recado, o por mejor decir ninguno, porque ni había qué comiesen las bestias, ni qué cenar los frailes, ni camas en que durmiesen, que los indios no sabían nada de la ida del padre comisario, y no entendiendo ni aun imaginado el guardián de Axixique que había de ser por allí, estaba más que descuidado y había enviado por las camas de aquel pueblo para el provincial y sus difinidores, que estaban a la sazón en aquel convento; y así nadie cenó ni durmió, ni aun pudo descansar y no poca lástima hicieron a los demás el padre comisario general y el difinidor de México, que eran los más viejos y más necesitados, viendo cuán mal recado y albergue tenían.

Domingo trece de enero, como nadie podía dormir ni sosegar, salió el padre comisario de aquel pueblo a la una después de media noche, y pasados unos arroyuelos, allí junto a las casas, y después unas ciénagas y tremedales, con una noche muy oscura, caminando por un valle o abra, llegó ya salido el sol a la raíz de un puerto muy alto y no poco áspero. Detúvose allí y descansó un rato, y luego prosiguió su viaje, y subido y bajado aquel puerto y andados unos llanos, llegó a decir misa al pueblo y convento de Tlaxomulco, cinco leguas de San Martín. Salieron los indios y las indias a recibirle más de media legua y hicieronle mucha fiesta, hechos muchos arcos por el camino a trechos y puestos en ellos muchos indios e indias que regocijaban la fiesta. Aquella madrugada se quedó atrás el lego que iba con el padre comisario, y con la oscuridad de la noche

se perdió y echó por otro camino, pero al fin aportó a Tlaxomulco. De allí salió el padre comisario aquella tarde y subida y bajada una razonable cuesta no lejos del pueblo, pasados unos llanos y en ellos unas lagunillas y pantanos por alcantarillas de madera, y dejando tres pobleuelos de indios muy cerca del camino, dos a la banda de sur y uno a la del norte, y pasadas finalmente unas barranquillas y costezuelas y otro llano de casi una legua, llegó al ponerse el sol a la cibdad de Guadalajara, cuatro leguas no largas de Tlaxomulco. Está nuestro convento a la entrada del pueblo y fue en él recibido con mucha solemnidad por los religiosos que en él moraban y por otros muchos que habían allí concurrido, entre los cuales estaba el provincial y alguno de los difinidores, todos los cuales por una parte recibieron mucho contento y alegría con su llegada, y por otra quedaron admirados y como atónitos de que hobiese sido tan repentina y acelerada, porque no creyeron que llegara en aquellos seis días, por más prisa que se quisiera dar.

Allí en aquella cibdad se detuvo hasta los veinticuatro de enero, que dio la vuelta para México. Visitóle luego el presidente de la Real Audiencia que allí reside; lo mismo hicieron los oidores y toda la gente principal, así eclesiásticos como seglares. Después él visitó a algunos de ellos, y antes que llegase el día del capítulo despachó y concluyó algunos negocios que importaban para su buena expedición.

Sábado por la mañana, diez y nueve de enero, se tuvo el capítulo intermedio con mucha paz y quietud; eligiéronse en él cuatro difinidores y un custodio para el capítulo general, y hubo asimesmo elección de guardianes para los conventos de la provincia; predicó el sermón del capítulo el que salió electo en custodio, y fue tan necesario e importante el asistir y presidir en él el padre comisario, que a no hacerse así tenía el demonio armadas tantas redes de discordia y disensión, que fuera imposible dejar de hacer alguna buena presa y sacar algún buen lance, pero el padre comisario se las rompió y deshizo todas con su discreción y prudencia y con el cuidado grande y diligencia que puso en allanarlo y pacificarlo todo.

Domingo veinte de enero, día de San Sebastián, que fue el día del capítulo (no obstante que las elecciones se habían hecho el día antes que era la vigilia), predicó al pueblo allí en nuestro convento un difinidor de los recién electos; oyóle toda la Audiencia y cibdad y mucha de la clerecía. Este mismo día se comenzó en México el concilio provincial, hízose proce-sión general y predicó uno de los obispos, que fue el de Guadalajara; duró este concilio hasta la llegada del virrey, que fue a fin de septiembre del mismo año de ochenta y cinco, asistieron en él seis obispos, que son: el obispo dicho de Guadalajara, el de Michoacán, el de Tlaxcalla, el de Yucatán, el de Guaxaca y el de Guatemala, y presidió el arzobispo

de México; no se halló en él el obispo de Chiapa, porque viniendo ya de camino cayó de la bestia en que iba y se quebró una pierna, y así se volvió a su tierra.

Lunes veintiuno de enero, día de Santa Inés, predicó el padre comisario general allí en Guadalajara en nuestro convento, al pueblo, y el miércoles siguiente, día de San Ildefonso, predicó fray Cristóbal de Zea, el que con comisión del padre comisario, como queda dicho, había visitado tres conventos de aquella provincia para aquel capítulo, y al un sermón y al otro acudió toda la Audiencia, clerecía y cibdad, como si fuera pascua, con una devoción extraña. También acudieron al capítulo indios sin cuento, así de los de Michoacán como de los de Xalisco, unos con los guardianes viejos, otros a llevar los nuevos que les habían de dar, y otros no más de a ver lo que pasaba, y los unos y los otros se volvieron a sus pueblos y casas luego como el capítulo se acabó.

[De cómo, concluido el capítulo intermedio en la ciudad de Guadalajara, tornó a la de México]

Concluidas y expedidas las cosas del capítulo intermedio sobredicho con la paz y quietud referida, dejando allí a fray Cristóbal de Zea aguardando algunos soldados que fuesen con él a Zacatecas, por causa de los chichimecas que suelen salir al camino a matar y saltar, salió el padre comisario de Guadalajara la vuelta de México, jueves en la tarde veinticuatro de enero, y caminando por el mismo camino que a la ida había llevado, llegó antes que el sol se pusiese al pueblo y convento de Tlaxomulco, cuatro leguas de aquella cibdad como dicho es; hiciéronle los indios de aquel pueblo nueva fiesta y muy gran recibimiento, y detúvose allí aquella noche. Al difinidor de México se le hinchó aquella tarde una mano, y se le puso de tal suerte que fue necesario dejarle en aquel convento, con un religioso que curase de él y le acompañase, llevándole camino derecho, porque el padre comisario había de ir a otros que estaban apartados del camino real. No salió el provincial con el padre comisario de Guadalajara más de una legua, porque fue necesario volverse luego a un negocio forzofo, pero después acudió, como adelante se dirá.

Cuando el padre comisario general partió de México para Michoacán, dejó recaudo al provincial para que pidiese en el concilio mexicano que se declarase que tenía voto en él, por tener como tenía las veces y autoridad en estas parte de nuestro padre general, porque el mismo provincial y difinidores insistían en esto diciendo que importaba mucho que así se hiciese, y quien hacía más llano este negocio era el doctor Salcedo, clérigo muy familiar del provincial y con quien el mismo provincial comunicaba cosas



y casos de la orden, y aun después comunicó tantos y tan pesados, de que no pocos daños e inconvenientes sucedieron a aquella provincia del Santo Evangelio y aun a toda la orden, como adelante se dirá. El padre comisario aunque dejó aquel recado al provincial, como no tenía mucha gana de aquella honrilla ni la apetecía, dejó a su elección y a la de los demás difinidores el tratar de esto o no, y que hiciesen en el caso lo que quisiesen; ellos se determinaron, partido el padre comisario, de pedir la dicha declaración, pero el concilio respondió determinando que no tenía voto en él el dicho padre comisario general, pero antes que esto se determinase, estando en el capítulo de Guadalajara le escribieron que volviese presto a México, porque convenía hacer allí presencia, y por esta causa se detuvo allí tan pocos días después de celebrado el capítulo (como queda dicho), y se volvió camino de México; y fue la primera jornada a Tlaxomulco, como dicho es.

Viernes veinticinco de enero partió el padre comisario muy de madrugada de Tlaxomulco, y luego en saliendo del pueblo subió y bajó un mala cuesta. Al amanecer pasó por un poblecito llamado Santa Cruz, dos leguas de Tlaxomulco; después, pasados unos llanos y dehesas donde hay infinidad de ganado mayor, y más adelante un riachuelo, por junto a unas labranzas de trigo, bajó, ya el sol alto, otra cuesta tan agra y derecha y de camino tan angosto, que iba por lo alto y ladera de una gran hoyo o barranca, que tuvo necesidad de apearse y aun con bajarla a pie dio algunas caídas. Finalmente llegó a un poblezuelo de seis o siete casas, puesto al pie de la cuesta sobredicha, donde descansó un rato, y viendo que aún era temprano volvió a su camino, y pasadas algunas costezuelas y otros dos riachuelos, ambos por el vado, el uno de los cuales era peligroso porque tenía mucho lodo, llegó cerca de mediodía al pueblo y convento de Cocula, siete leguas de Tlaxomulco y cinco de Santa Cruz, muy cansado y no poco desmayado; halló allí muy mal recado, porque aún no había llegado el guardián recién electo, pero llegó aquel día y detúvose el padre comisario con él y en los negocios a que iba hasta el domingo siguiente. Cae aquel pueblo en la provincia de Ávalos y en el obispado de Guadalajara, pero es de la jurisdicción de México.

Domingo veintisiete de enero salió de Cocula muy de madrugada y llevando a un español por guía, por unos atajos de razonable camino, andadas cuatro leguas, llegó muy temprano a decir misa al pueblo y convento de Zacualco, de la misma provincia, obispado y jurisdicción que Cocula. Salió a recibir al padre comisario el corregidor de aquella provincia de Ávalos y algunos españoles que se hallaron con él, y los indios por otra parte hicieron gran fiesta y recibimiento. Salió después de comer de aquel pueblo, y andadas dos leguas de camino llano llegó a otro pe-



queño de aquella guardianía llamado Cacalotlán. Pasó de largo y andadas otras dos leguas por unas sabanas y ciénagas secas, que en tiempo de aguas fueran malas de pasar, llegó antes que anochebiese al pueblo y convento de Teucuitatlán, donde le recibieron los indios con mucha devoción y amor, y un español que residía en aquel pueblo le hizo fiesta y dio de cenar aquella noche.

Lunes veintiocho de enero salió el padre comisario de aquel pueblo y convento poco antes que amaneciese, y luego allí junto subió una cuesta muy larga y penosa, en la cual había muchas piedras y un mal paso de unas lajas, pero teníanlo los indios muy bien aderezado y así se hizo fácil de pasar. Por respecto de esta cuesta aconsejaron a la ida, en Xiquilpa, al padre comisario que no fuese por aquel camino, pero engañáronle que no era tan malo como se le pintaron, y el otro que llevó por junto a la laguna de Chapala era pestilencial como queda dicho. Pasada aquella cuesta y algunas quebradas y barranquillas de camino muy pedregoso y andadas dos leguas, llegó a un asiento de un pueblo antiguo que llaman Toluquilla; pasó de largo, y andada otra legua llegó a un arroyo, en cuya ribera le estaban aguardando unos indios de Teucuitatlán, con la comida aderezada; comió allí y descansó un rato, y prosiguiendo luego su camino pasó algunos arroyos y muchas quebradas cuestras y barrancas, por montañas de pinos y robles muy altos, yendo siempre cuesta arriba; finalmente, antes que el sol se pusiese llegó a un pueblo de indios tarascos del obispado de Michoacán, visita del convento de Xiquilpa, llamado Matzamitlan, cinco leguas de Toluquilla. Recibióronle los indios con mucha devoción y caridad, y regaláronle con su pobreza. Hace allí muy recio frío, porque está el pueblo en una sierra muy alta. Allí descansó aquella noche el padre comisario, con harto poco abrigo.

Martes veintinueve de enero salió muy de madrugada de aquel pueblo, y pasados uno o dos arroyos y unas estancias de vacas y andadas seis leguas todas de cuesta abajo, llegó a comer al pueblo y convento de Xiquilpa, donde descansó lo restante del día con su noche; allí llegó aquella tarde, bueno ya de la mano el difinidor de México que se había quedado en Tlaxomulco. Con su llegada y salud se holgó mucho el padre comisario, al cual aquella mesma tarde vino un pobre indio viejo, y le rogó muy angustiado que le hiciese volver una niña hija suya, llamada Inés, que un español de México le había llevado y se la tenía en unas minas cerca de aquella cibdad. El padre comisario lo puso por memoria y por ser muy devoto de la gloriosa Santa Inés, lo tomó muy a cargo, y llegado a México lo trató con el arzobispo gobernador, el cual dio mandamiento para que la niña Inés se le volviese a su padre, y así se hizo.

Miércoles treinta de enero salió de Xiquilpa, y por el mesmo camino

que a la ida había llevado, andadas aquellas seis leguas, llegó a comer temprano al convento de Tarécuato, y en él se detuvo lo que quedaba del día y descansó aquella noche. Aquella madrugada se partieron los que le guiaban, y anduvieron con la obscuridad de la noche un gran rato fuera de camino; al fin volvieron a entrar en él, y a la mañana vieron muchos y muy grandes escuadrones de grullas como las de Castilla, que caminaban para la laguna de Chapala, en cuyas riberas se apacientan.

Jueves treinta y uno de enero salió el padre comisario de día claro de Tarécuato, fue a comer a Patamba, tres leguas y media de allí, y a dormir a Santa Cruz Tanaco, cuatro leguas más adelante por el mismo camino que a la ida había llevado; allí descansó aquella noche y padeció muy recio frío, por hacerlo por allí recio y haber poco abrigo y reparo, pero todo lo daba por bien empleado, viendo la devoción de aquellos indios tarascos, que aquella tarde y otros días cuando le vían pasar, dejaban las azadas con que estaban cavando sus heredades y bajando de las laderas de los montes nos venían con sus hijos a tomar la bendición, la cual recibían hincados de rodillas, y lo mismo hacían cuando el padre comisario llegaba a los pueblos y le recibían con solemnidad, y entonces los cantores hincados asimesmo de rodillas con todo el pueblo, pedían cantada la bendición, y ninguno se levantaba hasta que se la daba el padre comisario.

Viernes primero de febrero salió tan de madrugada de
FEBRERO Tanaco, que poco después de salir el sol estaba en Sivina
1585 o Sabina, cuatro leguas de allí. Pasó de largo, y andadas las
otras dos leguas, llegó al pueblo y convento de Pechátaro, de
donde salieron un gran trecho los indios a recibirle, y le hicieron fiesta corriendo caballos y tirándose piñas los unos a los otros, y otros bailando y danzando a su modo, con mucha devoción y amor; allí en Pechátaro comió, y de allí fue aquella tarde a Pátzcuaro, tres leguas más adelante, donde se detuvo dos días, y predicó el primero que fue día de nuestra Señora. Acudieron los españoles que allí residen, que son muchos, a oírle.

Domingo en la tarde, tres de febrero, salió de Pátzcuaro el padre comisario, con un recísimo sol, y pasando de largo por el pueblo llamado San Francisco, donde a la ida había comido, que está tres leguas de Pátzcuaro, anduvo otra y llegó al anoche a otro bonito pueblo llamado Capula, de los mismos indios, visita de clérigos, un poco apartado del camino real, a la banda del norte; hicieronle los indios mucha fiesta y caridad, y descansó allí toda la noche.

Lunes cuatro de febrero salió de aquel pueblo y fue a comer a Valladolid o Guayangareo, tres leguas de allí, donde descansó todo aquel día



y le alcanzó el provincial, el cual le acompañó desde allí hasta el convento de Zitácuaro.

Martes cinco de febrero salió el padre comisario de Guayangareo, y andadas aquellas tres leguas y media, llegó a decir misa al pueblo de Hindaparapeo; allí comió, y después de haber descansado un rato, partió para un convento nuestro llamado Zinapícuaro, otras tres leguas y media de allí, apartado del camino que a la ida había llevado. Llegó allá antes que el sol se pusiese, habiendo pasado seis o siete arroyos, algunas cenaguillas, unas malas cuestras y peores pasos, y muchos ojos y nacimientos de agua, que salen de la halda de un cerro por cuya ladera va el camino. Recibióronle allí los indios con mucha solemnidad y fiesta, y detúvose en aquel convento no más de aquella noche. Son aquellos indios tarascos y caen en el mismo obispado de Michoacán.

Miércoles seis de febrero salió de aquel pueblo el padre comisario, muy de madrugada, con una muy grande obscuridad, subió allí no lejos del pueblo una mala cuesta, y fue a salir al valle o abra por donde a la ida había pasado el día que llegó a Hindaparapeo. Finalmente, llegó a comer al pueblo de San Andrés, donde el día de los Reyes en la noche había a la ida cenado, seis leguas de Zinapícuaro. Hiciéronle los indios mucha caridad, y a la tarde, prosiguiendo su viaje de allí, y tomando otro camino del que a la ida había llevado, por huir de unos malos pasos que con algunos aguaceros que habían caído se habían hecho, pasó por un pueblo pequeño, algo apartado del camino real, y al fin volviendo al mismo camino, llegó antes que el sol se pusiese al pueblo y convento de Tlaximaloya, tres leguas de San Andrés, donde se le hizo muy buen recibimiento, y descansó aquella noche.

Jueves siete de febrero, pasando de largo por el pueblo llamado Santiago, donde a la ida había estado la víspera de los Reyes en la noche, llegó temprano al pueblo de otomíes llamado San Felipe, visita de San Juan Zitácuaro, donde le estaba aguardando el guardián, el cual le dio de comer y hizo mucha caridad. De allí salió aquella misma tarde y fue a dormir al mismo pueblo y convento de Zitácuaro, una legua de San Felipe, tres de Santiago y cinco de Tlaximaloya. Cuando el padre comisario llegó a Santiago, al salir del pueblo se le quejó un indio de que unos españoles que llevaban un hato de mulas hacia México, le habían tomado un capote porque no les había dado una gallina. Los españoles, entendiendo esto y la poca razón que habían tenido, le volvieron luego el capote sin hablar palabra ni tratar del caso, que no es pequeño el bien que hacen los frailes en esta tierra a los pobres y afligidos naturales, especial siendo lo que deben ser.



Viernes ocho de febrero, dejando allí al provincial, salió el padre comisario de madrugada de San Juan Zitácuaro, y por el mismo camino que a la ida había llevado, y llegó, andadas seis leguas, lleno de sol, a Malacatepec, donde los indios con su pobreza le dieron de comer y regalaron su posible. Como dos leguas antes de llegar a aquel pueblo, habían pegado fuego a un pinar de muy altos pinos, entre los cuales había robles y otros árboles asimesmo muy altos y gruesos, y entre los que se quemaban estaba uno junto al mismo camino tan gastado ya del fuego por abajo por el tronco, que hizo temer al padre comisario y a los que con él iban al tiempo que pasaban por junto dél, porque al parecer faltaba poco para caerse, pero quiso Dios que no cayó mientras pasaron, hasta que andados como treinta pasos acabó de quemarse por el pie y dio en tierra tan gran golpe que resonó toda aquella montaña, y los frailes dieron gracias a Dios por haberlos librado de aquel peligro. De Malacatepec salió el padre comisario aquella tarde, y subida aquella penosa y larga barranca, dejó el camino real y entró por una sendilla angosta y poco usada, la cual le llevó a un poblecito pequeño de indios otomíes llamado San Martín, dos leguas de Malacatepec, del arzobispado de México. El pueblo era recién fundado entre los mismos pinos, desmontado solamente el espacio donde estaban las casas, que no eran muchas, hechas todas de *taxamanil*, que son unas tablas delgadas, toscas y por labrar, que parecen algo a las ripias de España. Para el clérigo que los visitaba tenían hecho un aposento algo más abrigado, donde el padre comisario se albergó aquella noche con sus compañeros, pero por ser recién hecho y no tener puertas, pasaron todos mucho trabajo y frío muy grande, aunque los pobres indios le hicieron caridad y dieron colación.

Sábado nueve de febrero, siendo ya de día, salió el padre comisario de aquel poblecito, y habiendo caminado un gran trecho por una montaña de pinos, el suelo lleno de escarcha, salió muy muerto de frío al camino real, y finalmente, el sol ya un poco alto, llegó a la estancia de Ohmos, donde a la ida se había detenido una siesta. Pasó de largo, y dejada otra estancia un poco más adelante a la banda del norte, llegó a otra de un fulano León, español, a la banda de mediodía del camino real, cuatro leguas de San Martín, muy cansado y quebrantado así de la mala noche pasada como del recio sol que aquella mañana había traído por aquellas sabanas y dehesas. Hízole mucha caridad y dióle de comer el español sobredicho, dueño de la estancia y un fraile del convento de Zinacantepec que había ido allí al efecto. A la tarde después de comer salió de aquella estancia, y pasadas otras muchas que hay en aquella comarca, por ser tierra muy buena para ganado mayor, y pasados algunos arroyos y muchas que-



Dradas, llegó, andadas tres leguas no largas, al pueblo y convento de Zimantepéc, donde descansó aquella noche.

Domingo de mañana, diez de febrero, salió el padre comisario de aquel pueblo y fue a decir misa al de Toluca, una legua de allí, donde de españoles y de indios fue recibido con grande fiesta y solemnidad, como si aquella fuera la primera vez que allí entraba; los frailes asimesmo se holgaron con su llegada. Después de comer y haber descansado un rato, partió de aquel convento y andadas dos leguas largas de camino llano como la palma, llegó a un bonito pueblo de indios mexicanos llamado San Mateo, visita del convento de Metepec, donde el guardián con los indios del pueblo le recibieron con mucha fiesta y le hicieron mucha caridad. Hace por allí muy recio frío, y tal sintió aquella noche.

Lunes once de febrero salió el padre comisario de San Mateo, muy de madrugada, con un frío que hacía temblar, pasó allí junto el Río Grande o de Toluca, por la mesma puente de madera que a la ida, y subidos unos altos y pasado el puerto por una venta que llaman de Doña Marina y dos o tres arroyos a subida y a bajada, llegó muy tarde, con un sol que abrasaba, a un pueblo de indios mexicanos llamado Santa Fe, cinco leguas de San Mateo y dos de México; allí le dio de comer y hizo caridad un fraile de Metepec que a esto había ido. Es aquel pueblo del obispado de Michoacán, no obstante que está tan cerca de México y metido entre otros pueblos de aquel arzobispado. Nace cerca de él una de las fuentes que entran en México y es la que (como queda dicho) pasa por el camino que va de México a Tlacuba. Después de comer salió el padre comisario de aquel pueblo y acabados de bajar los altos que llaman de México, donde se coge mucho y muy buen trigo, andada una legua, pasó por un pueblo grande, llamado Tlacubaya, de indios mexicanos de aquel arzobispado, en el cual hay un convento de padres dominicos. Junto a las casas de aquel pueblo, a la banda de México, hay un bosque cercado que se dice Chapultepec y en él muchos conejos, y un cerro alto y casi redondo, en cuya cumbre está edificada una iglesia de San Miguel, en la cual los frailes de San Francisco de México hacen la fiesta y dicen la misa el día de la vocación del santo arcángel, y acude a oírla mucha gente de México y de las huertas y casas circunvecinas. Es aquel bosque del rey y acuden a él como patrones los virreyes y la Audiencia a holgarse y recrearse, y para esto tienen edificadas allí dentro unas casas muy grandes y principales en que se puede aposentar mucha gente; hay allí un coso en que suelen correr toros, cercado de árboles muy espesos, entre los cuales se guarecen los que los corren a pie. En la peña viva del pie del cerro sobredicho está labrada y esculpida la estatua y figura de Motectuma, el que era empera-

dor de México cuando el marqués del Valle ganó la Nueva España, de la manera y con la majestad y grandeza que en su prosperidad solía salir a las batallas, que cierto es muy de ver; había encomenzado a labrar y esculpir allí en el mismo cerro la estatua de un hijo suyo, y con la llegada del marqués y perdición y muerte de Motectzuma, cesó la obra antes que se acabase. Hay también dentro de aquel bosque un ojo de agua muy clara, buena y fría, y está hecho un estanque muy grande y hondo en que hay algunos peces, del cual sale de día y de noche sin cesar casi un cuerpo de buey de agua, la cual va encañada por una calzada de argamasa hasta dentro de México, y de allí se reparte por la ciudad y allí alcanza a la meitad de ella, y para la otra meitad se lleva asimesmo encañada por otra calzada de argamasa la fuente que nace junto Santa Fe, como queda dicho, que echa tanta y tan buen agua, y pasa por encima de la cerca de Chapultepec, por unos arcos de cal y canto, como un tiro de piedra de la otra, aunque más alta, por razón de que se lleva a lo más alto de la cibdad. Podríase juntar allí la una fuente con la otra bajando la que viene de Santa Fe con la que sale del bosque, y aun dicen que mezclada la una con la otra sería más sana el agua, que no estando como está cada una de por sí. Por la puerta deste bosque pasa el camino real que traía de Michoacán el padre comisario, y teniendo noticia de él entró dentro y vio lo que queda referido, excepto la ermita que está en el cerro, a la cual no subió porque hacía recio sol, que era en meitad de la siesta. Pasóla ésta allí abajo, y habiendo caído un poco, tornó a su camino, y pasando por debajo de los arcos sobredichos, por donde va el agua de Santa Fe, caminó por junto a la misma calzada por donde va encañada, hasta que llegó al convento de los frailes descalzos llamado San Cosme y San Damián, de quien atrás queda dicho, y dejando ir el agua y el camino real de Tlacuba a México, atravesó por unos callejones y acequias entre muchas huertas y fue a salir al convento de Santiago de Tlatilulco, una legua de Tlacubaya y dos de Santa Fe. Allí halló al provincial y a otros religiosos que le recibieron con muestras y señales de contento y alegría.

[De las muchas cosas notables que sucedieron en la provincia del Santo Evangelio, contrarias al padre comisario general]

Luego como el padre comisario llegó a México de vuelta de Michoacán, a instancia del provincial y de sus difinidores que le rogaron que honrase a fray Pedro de Zárate, hijo de aquella provincia, el que como queda dicho había traído de España frailes para la de Guatemala en aquella flota, le hizo procurador del convento de San Francisco de México y de

todas las provincias de la Nueva España, para que en aquella corte tratase los negocios que dellas allí acudiesen, y desde once de enero, que fue cuando el padre comisario llegó a aquella cibdad, se detuvo en Tlatilulco [y] en San Francisco hasta los catorce de mayo, en cuyo comedio sucedieron muchas cosas notables, de las cuales se referirán algunas, y para mayor inteligencia dellas, será menester tomar la historia de un poco más atrás.

Es pues de saber, que cuando el padre comisario general fray Alonso Ponce llegó de España a la provincia de México, hallóla muy inquieta y no poco alterada, a causa de que el provincial llamado fray Pedro de San Sebastián, no la regía a gusto de muchos; demás que en público y en secreto se murmuraba entre algunos que en su elección habían intervenido sobornos, y que no había sido limpia, deseaban muchos de la provincia que viniese comisario de España, porque el que tenían no hacía más de lo que el provincial quería. Estaba el negocio en tales términos, que se decía y afirmaba que si en aquella flota no viniera comisario, como vino, se absentaran de la provincia mucho número de frailes, y había muchos quejosos del provincial, y tenían según se decía gran visita contra él, y quisieran que luego el padre comisario comenzara a visitar la provincia. Pero por ser recién llegado y por lo que sucedió del sínodo provincial, como atrás se dijo, y porque el arzobispo no le dejaba salir de México, y finalmente por acudir como acudió a la provincia de Michoacán, donde por entonces pareció que había más necesidad de acudir, no se hizo lo que muchos frailes deseaban, y en el ínterin que el padre comisario estaba en Michoacán, de los frailes que deseaban la visita de la provincia de México se descuidaron o desmandaron dos, y movidos por ventura con buen celo, se dieron el uno al otro una cédula firmada de su nombre, en que cada uno decía lo que sabía o había oído decir cerca de los sobornos o nulidades que decían haber habido en la elección del provincial, y ellos y otros decían que querían saber si tenían prelado o no; esto y otras cosas a este propósito trataron aquellos dos frailes con menos discreción y cautela de la que convenía, de suerte que el provincial lo vino a entender y hizo dello información, en la cual dijeron algunos testigos que los dichos dos frailes andaban por la provincia ofreciendo guardianía en nombre del padre comisario a los que dijese o jurasen contra el dicho provincial. Ésta fue la ocasión y principios de los desasosiegos e inquietud de la provincia del Santo Evangelio y del provincial della. Con esta ocasión, él o sus amigos, o el Demonio que no duerme ni deja pasar conyuntura ni sazón alguna, publicaron por la provincia que el padre comisario quería descomponer al provincial y derribar a los hijos de la provincia, que son



los que en ella han tomado el hábito, y poner en su lugar a los venidos de España, estando él muy ignorante de estos tratos y no habiéndole pasado por la imaginación semejantes intentos como verdadera y ciertamente se puede testificar y creer, porque dejado aparte el ser tan enemigo del dinero y de recibir dones y presentes como a todo el mundo es manifiesto y notorio, y con que libremente hacía su oficio, no queriéndose prender de nadie, nunca se vio en la Nueva España prelado tan sin pasión ni tan celoso de la virtud y que tanto desease y procurase honrar a los buenos y virtuosos, sin advertir ni mirar si eran de España o de acá, sino solamente a la virtud y religión de cada uno, lo cual se ha conocido y visto por larga experiencia y trato, en ocasiones que se le ofrecieron en las visitas de las provincias de su distrito; y así a los que esto publicaron y a los que así le pretendieron infamar, en ninguna manera los puede nadie disculpar, antes todo el mundo los halla muy culpados y obligados a restitución y a penitencia muy grande. Pero porque de esto no trataban por entonces, sepase lo que con estas invenciones negociaron, qué es lo que pretendían. Diéronse pues, tan buena maña los que encendieron este fuego y los que le atizaban, como ministros del padre de las discordias, enemigos de la paz de Cristo, deseosos de semejantes tiempos para poder vivir a su contento, que ellos por una parte y el provincial por otra hicieron creer a muchos que todo aquello que publicaban era verdad, y así granjeó el provincial muchos amigos, aun de los que estaban contra él, y los indignó contra el padre comisario.

Pues como esto pasase en la provincia del Santo Evangelio, sin ser de nada de ello sabidor el padre comisario general, llegado que fue de Michoacán a México para poder ir a las otras provincias, quiso primero visitar aquella como madre y cabeza de las demás, así porque casi todos los comisarios sus antecesores la habían visitado luego como venían de España, en cualquier tiempo que fuese, antes o después de capítulo, como porque muchos frailes de los honrados y principales de ella (no obstante lo que queda dicho) pedían visita, y por otras muchas causas que por evitar prolijidad no se dicen. Comunicando, pues, su intento con el padre fray Pedro Oroz, su predecesor, que era de visitar en aquella cuaresma el convento de Santa Clara de México, y después de pascua proseguir la visita de la provincia, le pareció bien esta traza, pero a cabo de pocos días antes que llegase la cuaresma, el mismo padre Oroz, enviado del provincial y de dos difinidores, le trujo y mostró una patente de nuestro padre general fray Francisco Gonzaga, su data en París el año de setenta y nueve, pocos días después que en aquella ciudad había sido electo en general de la orden, en la cual entre otras cosas mandaba que los comi-



sarios generales de Nueva España no presidiesen en los capítulos intermedios ni se hallasen en ellos, y dijo el dicho padre Oroz que el provincial y los difinidores decían, que pues allí se mandaba al padre comisario que no presidiese en los capítulos intermedios, también le vedaban el visitar antes de capítulo, pues la visita se ordenaba y enderezaba para él. Vista la patente por el comisario general, la tomó y besó y puso sobre su cabeza, y dijo que la obedecía como patente de su prelado, y que aunque él tenía otra del mismo que derogaba aquella, su data en Madrid a primero de mayo de ochenta y cuatro, con todo esto no quería presidir en su capítulo, pero que la visita de la provincia, ni la patente sobredicha se la vedaba ni él podía dejar de hacerla para cumplir con su oficio, alegando para ello muchas razones eficacísimas; mas no obstante esto, ellos porfiando en su pretensión que era que el padre comisario no los visitase, acudieron al arzobispo que todavía gobernaba la tierra, pidiéndole les guardase su justicia, mostrándole la patente que tenían y ciertas tablas de los capítulos generales, publicaron asimismo la patente, comunicándola con letrados y con otras personas, y aunque el arzobispo les persuadió que dejasen visitar al padre comisario y presidir en su capítulo, nunca ellos arrostraron a esto, antes pusieron el negocio en manos del doctor Salcedo para que lo viese y informase al mismo arzobispo de la justicia de cada uno. Pero viendo el padre comisario una libertad tan grande y cuán roto iba todo, y que comenzaban a venir frailes guardianes y súbditos a San Francisco de México, y que andaban por el convento tratando con pesadumbre desta materia, por quietarlos a todos y obviar a los inconvenientes y a cualquier escándalo que de allí podría recrecerse, martes y veintiseis de febrero hizo una plática en el refectorio a la comunidad de los profesos, en la cual declaró en suma lo que le había pasado con el provincial y difinidores cerca de aquella patente, y cuanto le pesaba de que hobiesen dado parte dello a los seculares y a los tribunales, y que su intento era guardar la patente y no presidir en su capítulo, pero que por cuanto había de visitar la provincia para poder después ir a visitar esotras de su distrito, les hacía esta gracia: que les daba a escoger una de dos cosas, o que tuviesen ellos luego después de pascua su capítulo intermedio, y que él se le acortaría, pero que después de capítulo había él de visitar la provincia, o que no dándoles esto gusto, que él visitaría la provincia luego y después de visitada tendrían ellos su capítulo; y que esto hacía por el amor y deseo que tenía de la paz y de que muchas cosas no saliesen en público. Con esta plática y elección que se les dio, quedaron muy contentos y escogieron lo primero, que fue, tener ellos su capítulo sin que precediese la visita, y que después

del capítulo visitase el padre comisario la provincia; pero su intento según después pareció, no era sino librarse por entonces de la visita y resistirla después como de hecho lo hicieron, poniendo todas sus fuerzas para impedirlo. Acortóles el padre comisario el capítulo, y señalóle para la tercera dominica después de pascua, aunque por causas urgentes que después se ofrecieron, le alargó y señaló después para el día de San Pedro y San Pablo de aquel año de ochenta y cinco.

Habiendo pasado estas diferencias y héchose este concierto a
MARZO conveniencia, estando el padre comisario en Santiago Tla-
1585 tilulco, martes de carnestolendas cinco de marzo, fueron a
verle el provincial y difinidores, y le pidieron con mucha
instancia y ruegos que, no obstante lo pasado, presidiese en su capítulo,
añadiendo el provincial y diciendo que si no presidía en él no se había de
tener ni celebrar. El padre comisario les agradeció su buen término y
comedimiento, pero díjoles que por cuanto habían publicado que no podía
presidir por la patente de nuestro padre general, la cual habían mostrado
al arzobispo y a muchos letrados, y della tenían noticia los inquisidores y
otras personas, y les parecía que presidiendo iba contra ella y la quebran-
taba, lo cual no convenía hacerse, que lo comunicasen con aquellos perso-
najes y que como ellos se persuadiesen a que lo podía hacer y se lo roga-
sen, lo haría por darles gusto; pero ellos, como (a lo que se entendió) ha-
cían esto por sólo cumplimento, no hicieron estas diligencias, sino sólo
tomaron pareceres de letrados sobre la autoridad del oficio del padre co-
misario, limitándosela como quiso el doctor Salcedo que fue el primero
que dio su parecer, al cual, como en la opinión de muchos entendía las
cosas de nuestra orden, siguieron otros letrados.

El mismo martes de carnestolendas o antruejo, allí en Santiago Tlatilulco descubrió el provincial al padre comisario lo que atrás queda dicho de los dos frailes que se habían dado las cédulas el uno al otro, diciendo que habían levantado un gran falso testimonio al dicho padre comisario, prometiendo en su nombre guardianías a los que dijesen o jurasen contra él; y agravando mucho el delito, pidió al padre comisario su autoridad para hacer información sobre el caso, para que ejemplarmente fuesen castigados. El padre comisario admirado de cosa tan nueva y pareciéndole muy mala como lo era, deseando que se castigase un delito como aquél, dijo que holgaba de darle la autoridad que pedía, y mandó llamar a su secretario para que hiciese la comisión. Replicó el provincial diciendo que no era menester que el secretario ni otra persona lo supiese, sino que a sus solas se la diese; pero no viniendo en esto el padre comisario, dijo entonces el provincial que ya no había menester su autoridad para aquello, porque



ya él tenía hecha la información, y quedó tratado y concertado entre los dos que otro día se la había de dar allá en el convento de San Francisco, donde decía que la tenía.

Otro día siguiente, miércoles de la ceniza, seis de marzo, predicó el padre comisario en Santa Clara de México y de allí se fue a San Francisco, donde pidió al provincial la información sobredicha, el cual respondió que ya la había quemado; vista esta maraña y ruin término de proceder por el padre comisario, con parecer de frailes viejos y doctos, determinó de renovar aquella información, y para ello tomó su dicho al mismo provincial, el cual declaró lo que queda referido, y que con la dicha información había quemado tres traslados della, los dos autorizados y el uno no, declarando asimesmo los testigos que en ella habían atestiguado. Pasados algunos días y renovada la dicha información, como después se dirá, por entender el padre comisario y haber sido informado que la información primera no había sido quemada, mandó, por un aucto, al provincial, por obediencia y so pena de privación de oficio *ipso facto incurrenda*, que dentro de cierto término que para ello le señaló le diese la dicha información y los traslados, o declarase dónde y en qué poder estaban todos o algunos dellos. El provincial respondió que los había quemado como lo tenía declarado en su dicho. Pasados algunos días se le tomó su confesión y declaró lo mismo, y preguntado cuándo y dónde, y ante quién y con qué fin había quemado la información y traslados sobredichos, declaró que no sabía qué fin había pretendido y que no se acordaba qué día ni en qué lugar, ni delante de quién los había quemado. Respuestas por cierto que espantan. Finalmente la información nunca pareció, aunque se tuvo por cierto y lo fue, que el provincial la envió a España al padre comisario general de Indias y él la llevó a Roma al capítulo general.

Pues con esta ocasión, para renovar aquella información que el provincial decía haber quemado y tomar los dichos a los frailes que en ella habían atestiguado, tuvo el padre comisario necesidad de ir en persona a algunos conventos de la provincia donde moraban aquellos frailes, por no sacarlos de ellos a aquella sazón que era cuaresma. Y aunque de la ida a Michoacán había traído una apostema en la tetilla derecha, la cual con aquellas pesadumbres iba cada día creciendo y empeorándose, sin que bastasen remedios ningunos de los que le hacían, y demás desto había cobrado otra enfermedad y era que casi todos los días lanzaba la comida de mediodía, con todos estos achaques se determinó a salir de México y hacer aquel camino, en el cual llevó por *naguatlatlo* o intérprete a un fraile viejo y honrado, lengua mexicana y otomí, llamado fray Sebastián Ribero, y a su secretario, y a fray Diego de la Cerda, hijo de aquella provincia, sacerdote



honrado, para que le ayudase, y a fray Juan Cano, lego. Pasó, pues, este camino desta manera, referido brevemente.

Habiendo el padre comisario predicado, como dicho es, el día de la ceniza en Santa Clara, predicó también el miércoles siguiente en la iglesia mayor, y de allí se fue a Santiago de Tlatilulco, de donde salió luego el viernes quince de marzo, y andadas tres leguas en que se pasa una larga calzada y algunas pontezuelas de madera, con una de piedra y dos o tres cuestras y otros tantos poblezueros, llegó temprano a un pueblo y convento llamado San Cristóbal Ecatepec, donde fue muy bien recibido y se detuvo todo aquel día. Deste pueblo y convento y de los demás de la provincia y cosas particulares y generales della, se dirá adelante cuando se trate cómo la visitó el padre comisario.

Sábado diez y seis de marzo salió el padre comisario de aquel pueblo muy de mañana, y pasado allí junto un río por una puente de piedra, y andadas cuatro leguas de camino llano en que se pasan tres pueblos y otros tantos arroyos, llegó a decir misa a la cibdad y convento de Tezcuco, donde fue recibido con mucha fiesta y se detuvo aquel día y el siguiente, en el cual predicó a los españoles.

Lunes diez y ocho de marzo partió de Tezcuco, y pasado un arroyo o dos y por un pueblo que se llama Chiautla, por la puerta de un convento nuestro que allí hay, y andadas tres leguas de camino llano llegó a decir misa a otro pueblo y convento llamado de San Juan Teotihuacán, donde se le hizo muy solemne recibimiento y se detuvo lo restante del día.

Martes diez y nueve de marzo salió de aquel pueblo un poco antes que amaneciese, y andadas dos leguas de buen camino, con un fresco que le hizo mucho daño, y pasados en ellas dos o tres arroyos y últimamente una barranca por un puente de piedra, llegó temprano a decir misa al pueblo y convento de Otumba; fue en él recibido con mucha solemnidad y regocijo, y detúvose allí todo aquel día.

Miércoles veinte de marzo salió el padre comisario, de día claro, de Otumba, y andadas cuatro leguas de buen camino, con un sol recísimo, llegó tarde y muy cansado al pueblo y convento de Tepeapulco, donde como en los demás fue recibido con mucha fiesta, contento y regocijo, así por los indios como por los frailes. Detúvose allí todo aquel día y el medio del siguiente.

Jueves en la tarde, veintiuno de marzo, dejando allí a fray Sebastián Ribero, el *naguatlatlo*, para que se volviese a su casa, y llevando en su lugar a uno que en aquella moraba llamado fray Pedro de Trueva, salió el padre comisario de Tepeapulco, camino de Appa dos leguas de allí. Súbese al salir del pueblo una cuesta no poco alta, después se baja, y en



esto se gasta la una legua; la otra es de camino llano. Llegó allá temprano el padre comisario y fue muy bien recibido; detúvose en aquel convento aquel día y el siguiente.

Sábado veintitrés de marzo salió muy de madrugada el padre comisario de aquel pueblo con una noche muy oscura, y andadas cinco leguas, las tres primeras de camino llano, por unas dehesas muy largas y espaciosas, al cabo de las cuales se pasa una barranca por una puente de piedra, y las otras dos también por una sabana, aunque entre algunas lomas y barranquillas, llegó al pueblo y convento de Guayatlipan, donde habiéndosele hecho a la entrada muy buen recibimiento, descansó todo aquel día.

Domingo veinticuatro de marzo salió el padre comisario muy de madrugada de Guayatlipan, y llevando por guía a un indio principal de Tlaxcalla, que los otros principales le habían enviado para que le llevase por un camino donde hay menos y más pequeñas cuestas y barrancas que en el real y derecho, subió luego en saliendo del pueblo una cuesta no muy sabrosa; después de pasados algunos poblezuelos, y bajadas todas las cuestas, llegó cuando amanecía a otro poblezuelo llamado la Trinidad, tres leguas de Guayatlipan. Pasó de largo, y pasado allí junto a las casas un arroyo, y después otro poblezuelo, y el río de Tlaxcalla, y más adelante el río y pueblo de San Juan de Tlaxcalla, llegó poquito después de salido el sol a la misma cibdad y convento de Tlaxcalla, una legua larga de la Trinidad. Hiciéronle los tlaxcaltecas muy solemne recibimiento, aunque era tan de mañana; detúvose allí aquel día y el siguiente, que fue la fiesta de nuestra Señora, en que predicó a los españoles que allí residen y tratan, que son muchos.

Martes veintiséis de marzo salió el padre comisario al amanecer de Tlaxcalla, y andada una legua llegó al pueblo y convento de Topoyanco, donde los indios, que también son tlaxcaltecas, le hicieron grandes fiestas; detúvose allí todo aquel día.

Miércoles veintisiete de marzo salió el padre comisario de Topoyanco tan de madrugada, que andadas cuatro leguas en que se pasan algunas barrancas, una dellas por una puente de piedra, y tres arroyos, llegó al salir del sol a nuestro convento de la cibdad de la Puebla de los Ángeles cuando los frailes estaban diciendo prima, y los indios muy descuidados, no le aguardando tan presto los unos ni los otros. Allí se detuvo aquel día y el siguiente, y estuvo muy indispueto de la hinchazón de la tetilla, y aunque le hicieron muchos beneficios y le aplicaron mil remedios, no le aprovechó ninguno, hasta que le dieron una piedra cornerina, la cual tenía tal virtud, que puesta sobre la hinchazón se pagaba a la carne y iba chupando poco a poco y sacando el mal humor y ablandándola y deshinchando.



chándola mucho, con lo cual podía vivir en todos sus caminos y peregrinaciones; la otra enfermedad de lanzar la comida nunca se le quitó, y así tenía por remedio comer poco o nada a mediodía, y dejar la comida para la noche.

Viernes veintinueve de marzo salió de la Puebla el padre comisario ya que amanecía, y pasado un río y dos arroyos, cada uno por su puente de piedra y andadas dos leguas, llegó a decir misa a la cibdad y convento de Cholula, donde se le hizo muy solemne recibimiento y se detuvo todo aquel día.

Sábado treinta de marzo salió al salir del sol de aquella cibdad, y andadas tres leguas pequeñas de camino llano, en que se pasa un arroyo o dos, llegó temprano a decir misa a la cibdad y convento de Huexotzingo; fue allí muy bien recibido de los indios y de los frailes, entre los cuales estaba el provincial, el cual se fue aquella tarde camino de México, y el padre comisario se quedó y detuvo allí todo aquel día y el siguiente, que fue la cuarta dominica de cuaresma.

ABRIL
1585
Lunes primero de abril salió de Huexotzingo muy de madrugada, con un tiempo tan fresco que le hizo daño, y pasado un arroyo o dos llegó al amanecer a un pueblo llamado San Mateo, puesto en un alto. Pasó de largo, y pasado un río ancho por el vado y muchas milpas y caserías de indios y andadas tres leguas, llegó finalmente al pueblo y convento de San Felipe, donde los indios le hicieron un recibimiento muy solemne, y los frailes se regocijaron y consolaron con su llegada; detúvose con ellos todo aquel día.

Miércoles tres de abril salió el padre comisario de aquel pueblo, y andadas dos leguas de camino llano, llegó a unas caleras, donde se hace cal para gastar en México y en otras partes. Pasó de largo, y andadas otras tres leguas en que se pasan algunas barranquillas, llegó a un pueblo y convento llamado Calpulalpa, donde los indios se mostraron muy devotos, recibéndole con mucha fiesta y regocijo, y él se detuvo todo aquel día.

Jueves cuatro de abril partió de mañana de aquel pueblo el padre comisario, y pasada allí junto a las casas un arroyo y barranca por una puente de piedra, pasó después por tres pueblos de aquella guardianía y luego subió y bajó un portezuelo, y pasadas algunas barranquillas por puentes de piedra y madera, y andadas en todo esto cinco leguas, llegó finalmente, ya tarde muy cansado y fatigado del sol y del camino, al pueblo y convento de Otumba, donde se detuvo y descansó todo aquel día.

Viernes cinco de abril salió de Otumba antes que fuese de día, y andadas dos leguas por el mismo camino que a la ida había llevado, llegó a

emparejar con el pueblo y convento de Teotihuacán, y dejándole a la banda del norte, sin entrar en él, volvió a la del mediodía, y pasando por Chiautla, llegó antes de horas de comer, muy cansado y lleno de fuego del sol recio que hacía y no poco desmayado, a la cibdad y convento de Tezcuco, cuatro leguas de Otumba; detúvose allí todo aquel día.

Sábado seis de abril salió el padre comisario de aquella cibdad muy de madrugada y por el mismo camino que a la ida había llevado. Andadas aquellas cuatro leguas llegó temprano a decir misa a San Cristóbal Ecatpec, y después de haber comido partió de allí, y andadas las otras tres leguas, llegó al ponerse el sol a México al convento de Santiago Tlatilulco, donde fue muy bien recibido y se detuvo hasta la semana siguiente, que se pasó al de San Francisco.

Llegó el padre comisario general a México tan indispueto de la hinchazón de la tetilla y de otros achaques e indisposiciones, que le convino tomar luego jarabes, y aun tuvo necesidad de purgarse el mismo sábado santo, con que quedó algún tanto aliviado. Mas con todo esto no dejaban de ofrecérsele cada día nuevas ocasiones de pesadumbres y de agravársele aquella hinchazón, por parte de algunos religiosos de aquella provincia, las cuales llevaba con mucha prudencia, discreción y cordura, acudiendo al consuelo de los que no la tenían, y no condescendiendo con los gustos y apetitos de los que querían y pedían lo que no se debía o convenía hacer. El provincial y difinidores de aquella provincia había enviado a España ciertos religiosos a tratar y negociar cosas y negocios de su provincia, especialmente el de las doctrinas de los indios (las cuales en cierta forma mandaba el rey que se quitasen a los frailes y se diesen a los clérigos, encargando a los obispos que habiendo clérigos idóneos y suficientes los proveyesen y presentasen a los beneficios curados y doctrinas de pueblos de españoles e indios, prefiriéndoles a los religiosos que las tenían) pretendiendo que este mandato y cédula no se ejecutase por los inconvenientes que de ello resultarían, atento a los cuales se había suspendido su ejecución en la Nueva España por orden y mandato de la real Audiencia de México; y porque aquellos religiosos no habían escrito aquel año y no se sabía de ellos, a causa de que no había venido ni venía el navío de aviso para aquel tiempo, pidieron los dichos provincial y difinidores al padre comisario, estando como estaba así enfermo, que les diese licencia para enviar otro religioso a España, a saber aquello de las doctrinas y tratar otras cosas de su provincia que de nuevo se habían ofrecido. El padre comisario se la dio para que le enviasen si no venía navío de aviso, que se esperaba, y en él nueva de los frailes; pero como en este ínterin viniese el navío y en él cartas de los frailes que allá estaban, en que decían

aguardarían la respuesta que les habían de enviar, viendo el padre comisario que cesaba la causa, avisóles que ya no había necesidad de enviar fraile a España. Ellos estuvieron algo porfiados, presentando peticiones sobre el caso, alegando muchas razones y multiplicando palabras, y aun el mismo fraile que ya tenían señalado para enviar presentó asimesmo un escrito, pidiendo en su nombre como por derecho que le dejase ir a España, todo con alguna libertad y tanta porfía que tuvo el padre comisario necesidad de mandar a los unos y a los otros por obediencia y censuras que no tratasen más de aquel negocio y que pusiesen en él perpetuo silencio; hízose así, forzados no solamente por este rigor, sino también por otro mandato que había del padre fray Gerónimo de Guzmán, comisario general de Indias, que residía en corte, en que con el mismo rigor tenía mandado que no enviasen frailes a España ni con negocios particulares propios, ni con los de las provincias; sino que se los escribiesen y enviasen a él, ofreciéndose a que con todo cuidado y presteza los solicitaría y negociaría; en conclusión, no fue en aquella flota el fraile que ellos querían enviar, pero fue otro de la misma provincia que tenía licencia de España, con el cual pudieron enviar todo lo que quisieron y querían enviar con el otro. Éste se entendió que llevó la información que el provincial decía haber quemado, pensando que luego habían de condenar por ella al padre comisario y quitarle el oficio, pero engañábase la pasión con que la había hecho y la enviaba, y con que Já había calificado, porque vista allá no hallaron en ella culpa ninguna contra el padre comisario. En aquella misma flota fue asimesmo con licencia de España un fraile docto y principal llamado fray Gaspar de Recarte, que se volvía a su provincia de Santiago, de la cual había venido pocos años antes para aquella de México; a éste dio el padre comisario comisión para que de camino visitase el convento de La Habana, hízolo así y desde allá envió la visita. También por este tiempo despachó otro comisario que visitase la custodia de Tampico, que es de aquella provincia; este fue un predicador, religioso honrado, de la misma provincia, llamado fray Benito de Pedroche, el cual volvió con la visita antes del capítulo intermedio.

Estando pues el padre comisario general así enfermo en San Francisco de México, cuando se sintió un poco mejor se pasó a Santiago Tlatilulco, y en estos dos conventos se detuvo hasta los veintitrés de

MAYO mayo, en cuyo comedio sucedieron los dares y tomares sobre-
1585 dichos, y lo demás que queda referido, y otras cosas que no
son de este propósito. Ofreciósele al cabo de este tiempo
necesidad de ir en persona a algunos conventos de aquella provincia, y a
negocios de su oficio, y aunque estaba todavía enfermo se puso en camino



llevando en su compañía a su secretario, que también estaba achacoso, y a fray Diego de la Cerda, para que le ayudase, y al lego fray Juan Cano, y por intérprete a fray Alonso Urbano, que acababa de llegar de visitar la provincia de Yucatán. Pasó este camino como aquí se contará, aunque muy en suma.

Jueves veintitrés de mayo salió el padre comisario general de Santiago Tlatilulco, y andadas aquellas tres leguas que atrás quedan referidas llegó a comer a San Cristóbal Ecatepec. De allí salió a la tarde, y andadas otras tres leguas de camino llano y carretero, en que por una puente de piedra se pasa un río, y a la primera legua una venta, llegó temprano al pueblo y convento de San Juan Teotihuacán, donde descansó aquella noche.

Viernes veinticuatro de mayo salió de San Juan Teotihuacán de día claro, y andadas aquellas dos leguas, llegó a comer a Otumba. Detúvose allí todo aquel día.

Sábado veinticuatro de mayo salió de Otumba camino de Tezcuco, y caminando por el camino real de junto a San Juan y pasando por Chiautla, andadas aquellas cuatro leguas, llegó a aquella cibdad muy fatigado del sol, detúvose allí aquel día y la meitad del siguiente, y estuvo muy indispuesto.

Domingo en la tarde, veintiséis de mayo, partió el padre comisario de Tezcuco, y sin llegar al pueblo y convento de Uexotla, que está apartado del camino que llevaba a la banda de oriente, llegó temprano, andada una legua, al pueblo y convento de Coatlichan, donde se le hizo gran fiesta y fue muy bien recibido; detúvose allí aquella noche.

Lunes de las rogaciones, veintisiete de mayo, salió de Coatlichan antes que fuese de día, y andadas cuatro leguas de buen camino entre muchas labranzas de trigos, llegó a decir misa al pueblo y convento de Chalco o Chalcoatengo; fue en él bien recibido y detúvose allí todo aquel día.

Martes veintiocho de mayo salió el padre comisario de día claro de Chalco, y andada una legua por unos llanos llegó a un bonito pueblo de indios mexicanos llamado Ayozingo, donde hay un convento de padres agustinos. Pasó de largo, y andadas otras dos leguas y subidas unas malas cuestas llegó temprano al pueblo y convento de la Milpa, puesto en la ladera de una sierra. Fue allí recibido con gran solemnidad de los indios, que es gente muy devota, y detúvose con ellos hasta que pasó la fiesta de la Ascensión.

Viernes treinta y uno de mayo salió el padre comisario de aquel pueblo, y bajadas algunas costezuelas de camino muy pedregoso y andada una legua, llegó a otro pueblo puesto en un valle entre muchos cerros, llamado

San Pedro. Pasó de largo y salió de aquel valle por un abra muy angosta al camino real que va a Xuchimilco, luego entró en una calzada muy larga en que se pasan muchas acequias por puentes de madera, y andada finalmente otra gran legua, llegó a la cibdad y convento de Xuchimilco. Recibiónle los indios con mucha fiesta, alegría y contento, que es gente devota, y detúvose allí hasta todo el domingo siguiente.

Lunes tres de junio tomó la madrugada, y andadas cuatro
JUNIO leguas no largas, todas por una calzada hecha a mano, en
1585 que se pasan muchas acequias por puentes de madera, llegó
a la cibdad de México, y en entrando en la cibdad se apartó

con fray Alonso Urbano, y fue a una como isilla que está allí cerca, no lejos de la laguna de México, llamada el Peñol, a ver a fray Juan Salmerón, fraile muy docto y principal, que estaba allí tomando unos baños por estar tullido mucho tiempo había de pies y de manos. Viole y consolóle y despedido dél, llegó a Santiago Tlatilulco a las diez del día, habiendo tres horas que estaban allá sus compañeros.

Desde aquel día hasta los veintidós de julio, se detuvo el padre comisario general allí en Tlatilulco y en San Francisco de México, y en medio de este tiempo sucedieron algunas cosas de las cuales se dirán brevemente las que más hacen al caso.

Acercándose, pues, ya el tiempo del capítulo intermedio de aquella provincia, el cual se había de celebrar la fiesta de San Pedro y San Pablo en el convento de Xuchimilco, que como dicho es, cae cuatro leguas pequeñas de México, muchos frailes viejos y principales rogaron muchas veces e importunaron y aun requirieron al padre comisario general que en ninguna manera dejase de presidir y hallarse en el dicho capítulo, encargándole sobre esto la conciencia y representándole las faltas, inconvenientes y daños que de no hallarse en él seguirían; y el mesmo arzobispo de México le persuadía lo mesmo, diciendo, que como gobernador de aquella tierra y presidente de la Audiencia, enviaría un oidor a Xuchimilco para que ninguno se desmandase, y aun los frailes sobredichos, para persuadirle esto mesmo, tomaron pareceres de letrados de autoridad, ciencia y conciencia, los cuales firmaron que no obstante la patente de París que tenían aquellos padres, podía y debía presidir el padre comisario en aquel capítulo, por cuanto la otra suya, fecha en Madrid, la derogaba. Mas con todo esto él quiso sufrir y padecer aquella manera de afrenta y befa, que fue que tuviesen ellos su capítulo teniéndole a él tan cerca, sin que presidiese en él, antes que se entendiese o imaginase que iba contra la patente de su superior (aunque en realidad de verdad no iba contra ella, pues por la otra estaba derogada) y también porque no les quedase ocasión de decir



que con fuerza y violencia había presidido en su capítulo y hecho y ordenado las cosas de él. Mas con todo esto llamó al provincial y a los difinidores y les trujo a la memoria lo que en Santiago Tlatilulco el martes de carnestolendas habían tractado con él cerca desta materia, como atrás queda dicho, y les preguntó qué era lo que habían hecho y determinado en aquel caso. Ellos dijeron que en conciencia no podían admitirle a que presidiese en su capítulo, porque tenían pareceres de letrados que así lo afirmaban, los cuales exhibieron ante el padre comisario, y en ellos, como queda referido, el doctor Salcedo y otros que le siguieron trataban del poder y autoridad del padre comisario, y hasta donde se extendía, restringiéndole y limitándole, como al doctor Salcedo le pareció, y afirmando como incidentalmente, que no podía presidir en su capítulo por la patente sobredicha.

El padre comisario general, aunque podía con buena conciencia presidir, con todo esto, por las razones atrás referidas, tomó primero parecer de personas graves y doctas, y rogándose y persuadiéndose los preladados de San Agustín y de la Compañía que le fueron a hablar sobre ello, lo dejó de hacer; y así ellos tuvieron su capítulo en el lugar y días sobredichos, y desde él enviaron a pedir al padre comisario que concluyese las causas que tenía comenzadas y que les declarase qué frailes no podían ser electos; él les declaró éstos, y para lo otro los envió a fray Cristóbal de Cea, que ya era vuelto de Zacatecas, con comisión de autoridad para que concluyese y sentenciase todas las causas que estaban sustanciadas, entregándose todas, entre las cuales iba la información que el provincial dijo haber quemado y el padre comisario había renovado y hecho de nuevo. Pero ellos, no siendo esto a su gusto, suplicaron dello y pidieron se dilatase y sobreyese hasta que volvieran a México a la presencia del padre comisario, alegando que para aquello habían menester mucho tiempo, y que ellos no le tenían entonces, por estar en la expedición de su capítulo. Concedióseles lo que pedían, y vueltos a México, pidieron por petición que no entendiese fray Cristóbal de Cea en aquellas causas, sino que las advocase a sí el padre comisario, trayendo para esto algunas razones con demasiada libertad y con amenazas de escándalos; y finalmente, porque suplicaron que aquella petición no la recibiese el padre comisario por presentada, diciendo que no era su voluntad presentarla (no obstante que ya la habían presentado) les fue concedido lo que pedían, y advocó a sí el padre comisario aquellas causas, y sentenciadas todas con los discretos, no quisieron ellos sentenciar ni dar su parecer en aquella que el provincial decía haber quemado, dando para ello de palabra algunas causas y excusas, las cuales después, por el mes de diciembre siguiente de aquel año de ochenta y cinco,

siendo llamados y juntos para sentenciarla con otras, dieron por escrito diciendo, que por cuanto en aquel proceso había negocios que tocaban a sus preladados superiores, ellos como inferiores no se atrevían a tratar de ellos, que por esto se eximían de dar parecer ni sentencia en el dicho proceso, y suplicaban al dicho padre comisario general los tuviese por excusados, y lo firmaron de sus nombres; y con ser esto así y quedar solamente por ellos el sentenciar el dicho proceso, tenían tan buenas entrañas que infamaban después al padre comisario, formando queja contra él, de que no quería sentenciar ni castigar a aquellos dos frailes contenidos en aquel proceso, de quien el provincial se sentía agraviado.

En aquel capítulo eligieron discreto para capítulo general y difinidores de la provincia, y guardianes y presidentes para todos los conventos della y custodio para la custodia de Tampico, y por no querer pedir dispensación al padre comisario general para que pudiesen ser elegidos algunos de los que habían sido cuatro años guardianes, no obstante que hubiese pasado un año de vacación, como los estatutos generales de Toledo lo mandaban, hicieron guardianes y presidentes a muchos mozos, y con no tantas partes cuantas fuera razón que tuvieran; y entre otras cosas que allí ordenaron fue una, que en ninguna manera hobiese en México procurador ni comisario de corte nombrado, teniendo puesto el padre comisario general en aquel oficio a fray Pedro de Zárate, como atrás queda dicho, y que el portero de México fuese sacerdote, habiendo quitado el padre comisario de aquel convento un portero lego por causas muy urgentes y puesto otro en su lugar, también lego; y habiéndose encargado mucho el padre comisario que ordenasen en aquel capítulo que no se pidiese parecer a letrados seculares, por los daños que desto se seguían y podrían seguir, como de hecho se han seguido muy grandes después acá en aquella provincia, ordenaron ellos que se pudiese pedir. Aunque las dos primeras ordenaciones destas tres, nunca quiso el padre comisario general que se ejecutasen, mientras en aquella provincia fuere reconocido por prelado, por ser de directo contra lo que él tenía ordenado y proveído, antes reprendió al provincial y discretos por ello, afeándose mucho; con la otra disimuló por entonces, aguardando tiempo más cómodo.

Celebrado y expedido el sobredicho capítulo intermedio, y estando el provincial y discretos en San Francisco de México, donde también estaba el padre comisario general sin propósito ni aun intento de comenzar la visita de aquella provincia hasta que pasasen algunos días y estuviesen los guardianes y súbditos en sus conventos, jueves once de julio del dicho año de ochenta y cinco, un secular español, vecino de México, o movido con buen celo a



su parecer o inducido por frailes que no querían visita, presentó en la Audiencia real, en acuerdo, una petición en que avisaba que los frailes de San Francisco estaban discordes y pedía acudiesen a ponerlos en paz. Fue ésta segunda ocasión para que aquella provincia pasase adelante en su inquietud y desasosiego, hasta venir a negar la obediencia a sus preladados, como adelante se dirá, que querer uno entremeterse en oficio ajeno y en regir y gobernar casa y familia ajena, nunca dejó de ser muy pernicioso. Luego, pues, como el padre comisario supo de aquella petición del secular, entendió lo que con esta diligencia bien excusada se pretendía, que era que la visita no se comenzase, y así para deshacer con tiempo esta maraña y trampa, despachó luego su patente por toda la provincia, en que denunciaba la visita della y enviaba los avisos que para mejor hacerse le parecieron más necesarios, y luego el día siguiente, viernes doce del mismo, la hizo leer allí en San Francisco de México a toda la comunidad cuando estaban comiendo.

Después de comer el mismo día acudieron el provincial y discretos a la celda del padre comisario, por una parte muy tristes y cabizbajos por ver que no habían salido con su pretensión y intento, y mostrando por otra mucho ánimo y brío, y llevando consigo algunos otros frailes como para que fuesen testigos, presentaron al padre comisario una petición muy larga y tan libre y descomedida y tan llena de amenazas, de escándalos y otras cosas, pretendiendo que revocase la patente de la visita, que antes que su secretario la acabase de leer, se la tomó de las manos y la hizo dos pedazos, diciendo que petición semejante no se había de admitir. Después se la dio al mismo secretario y le mandó que la juntase y guardase para su tiempo. Aquí se entendió y vio claramente que el intento que aquellos padres tuvieron cuando concertaron que la visita fuese después de haber tenido ellos su capítulo, no fue otro sino librarse por entonces de la visita, con ánimo de resistirla después, como de hecho lo hicieron con esta petición y con otros medios extraordinarios que no poco escándalo causaron, porque viendo que el padre comisario no acudía a su voluntad y que las patentes de la visita estaban ya despachadas por la provincia, y que al mismo provincial había mandado que durante la visita, para que más libremente se hiciese, estuviese recogido en una casa, acudieron a los oidores o a la misma Audiencia, y uno dellos en nombre de todos fue a hablar al padre comisario y le representó las quejas que el provincial y difinidores tenían y los fundamentos de ellas. El padre comisario le respondió y satisfizo a todo, pero el oidor para más satisfacer quiso ver los recados que el padre comisario tenía y el concierto que cerca del tiempo en que se había de comenzar la visita se había hecho, y visto todo quedó



del todo satisfecho, pero rogóle que no se detuviese más de seis meses en la visita, porque le habían hecho creer que conforme a los estatutos generales no podía durar más tiempo; estribando en lo que el estatuto dice hablando con los provinciales, a los cuales manda que seis meses antes que acaben sus oficios den aviso a los prelados generales para que provean quien visite las provincias, como si en esto mandara alguna cosa a esos prelados generales, o les tasara o señalara el tiempo que habían de durar sus visitas. A todo eso le satisfizo el padre comisario, representándole también cómo aquella provincia tenía sesenta y ocho conventos muy distantes y apartados unos de otros, y que era imposible poderse bien visitar en tan poco tiempo, pero que le daba la palabra de no gastar día ninguno demasiado, y que si en los seis meses no pudiese visitarla toda, que le daría aviso de ello. Con esto quedó por entonces todo llano en lo exterior, y el padre comisario, dejando allí en San Francisco de México al provincial, como había de quedar en otro convento (teniendo esto entonces por acertado, aunque la experiencia le enseñó lo contrario) salió a su visita, y para comenzarla se fue a Santiago Tlatilulco, donde estuvo un día o dos, y de allí salió de hecho como agora se dirá. Pero antes que de la visita se trate, será bien tratar en general alguna cosa de la misma provincia y de cosas que en ella se hallan y crían, para que desta manera se proceda con mayor claridad y se entienda mejor lo que en el proceso de la visita se dijere.

[CAPÍTULO II]

De la provincia del Sancto Evangelio de México, sus términos, conventos y frailes

La provincia del Santo Evangelio, que comúnmente se llama de México, corre de oriente a poniente ochenta leguas y más, esto es, desde la isla y puerto de San Juan de Ulúa hasta el convento de Zinacantepec, que es en el valle de Toluca (dejando fuera de esta cuenta el convento de La Habana, que está trescientas leguas por mar, en la isla de Cuba, camino de España); de norte a sur se extiende poco, que aun no llega a cuarenta leguas. Tenía esta provincia cuando el padre comisario general la visitó, sesenta y ocho casas entre grandes y pequeñas, y pocos meses después le dieron otra con que se llegaron a sesenta y nueve, en las cuales moraban trescientos y setenta frailes profesos, pocos menos. Los treinta y ocho conventos destes caen en el arzobispado de México, los treinta en el obispado